



# *Una apuesta atractiva*

CAROLINA GATTINI



# Una apuesta atractiva

Carolina Gattini

## Capítulo 1.

Nueva York. Seis meses antes.

En cinco años en la agencia no he conocido a nadie que haya conseguido llevarme al límite de la paciencia con tal rapidez como la nueva directora de marketing que nos ha presentado mi padre esta mañana. Debe haber perdido la cabeza. Me ha parecido ver un tatuaje en su brazo, bajo la ristra de pulseras que llevaba. Estoy en mi despacho analizando la presentación y una idea se me ha pasado fugazmente por la cabeza. ¿Es posible que se esté tirando a mi padre? Tal vez por eso la ha contratado. Hay que admitir que es atractiva, su forma de vestir es la de la típica trepa que es capaz de cualquier cosa por subir de puesto..., pero sí que lo ha hecho rápido, pienso ofuscado. Decido comprobar mis sospechas y llamo a recursos humanos para pedir su currículum.

Aún estoy esperando cuando han pasado diez minutos y mis nervios no aguantan más, necesito ver ese currículum. No sé qué habrá hecho esa mujer para conseguir este puesto, pero la voy a desmontar antes de que la empresa se vaya a la quiebra.

—Betty —marco el número de mi secretaria—, vaya a la segunda planta a recoger lo que he pedido.

—Sí señor.

Betty, una mujer de cincuenta años, con gafas y un moño que parece que nació con él, porque siempre la he visto así, aparece unos minutos después y ni siquiera le doy las gracias como suelo hacer; me limito a coger de sus manos el sobre que me entrega.

—¿Algo más?

—Esto es lo que necesitaba.

Cuando estoy solo, me afano por leer cada línea, cada trabajo que ha hecho y cada título académico.

No puede ser, me digo a mí mismo. Esa mujer que me miraba altanera y soberbia ha trabajado en las mejores agencias de marketing. Una de ellas, recuerdo, estuvo a punto de desaparecer. Oí que apostaron por talentos nuevos, gente recién graduada, y ahora es una de las empresas más fuertes del país.

Cuando estoy leyendo cada uno de los puntos del currículum suena mi teléfono, es la extensión de mi secretaria. Antes de que me de tiempo a cogerlo alguien abre la puerta y a su vez oigo la voz de Betty al otro lado del teléfono diciéndome que Julia McGregor quiere verme. Es Julia sí, que entra

cargada de unas carpetas y se queda fija mirando mi mesa. Frunce el ceño y me mira directamente a los ojos.

—¿Comprobando mi formación?

—Me gusta saber con quién me obligan a trabajar. Si mi padre se ha encaprichado no quiero pagar yo las consecuencias.

Ella alza las cejas sorprendida, y luego sonrío.

—Oh... entiendo..., es eso.

Se adelanta y deja las carpetas sobre mi mesa.

—¿Quiere ver mi expediente académico también?

—No es necesario —digo a regañadientes.

—No, no, insisto.

Entonces me quedo paralizado cuando da la vuelta a mi mesa y se coloca tan cerca de mí que puedo oler su perfume. Aparta mi mano de la mesa con decisión, sintiendo su suave tacto unos segundos, y coge el ratón conectado a mi ordenador. Desvío la mirada hacia ella y con el rabillo del ojo la observo inclinada sobre la mesa. Su perfume invade mis sentidos y entonces veo que tiene otro tatuaje que sobresale en el inicio del cuello de su camisa, ligeramente abierta ahora que está en esa posición.

—Aquí está, ahora me gustaría ver el suyo —dice con soberbia.

Por un momento no sé a qué se refiere, ¿qué quiere ver de mí?

Cuando miro la pantalla de mi ordenador y veo el expediente, la sorpresa se refleja en mí.

—¿Por qué debería hacerlo? Yo no le he pedido nada.

—También me gusta conocer la capacidad de los que trabajan para mí. Además, no me genera demasiada confianza el sistema de elección para que ocupes tu puesto. ¿El hijo del jefe...? —dice sarcástica ladeando su cabeza.

—Un momento, yo no trabajo para ti —digo levantándome de mi silla y poniendo distancia entre los dos—. Mi padre te ha contratado y no sé cómo le has convencido para que lo haga, pero en ningún momento te ha puesto por encima de mí. Y mi capacidad para este trabajo está más que demostrada.

Ella sonrío con suficiencia y la odio cuando lo hace.

—Ya veremos —sentencia antes de darse la vuelta y salir de mi despacho sin siquiera cerrar la puerta.

En la actualidad.

Me he dejado llevar a regañadientes hasta la discoteca de moda de la ciudad porque un amigo celebra su ascenso en la empresa en la que trabaja. No me gustan estos sitios tan llenos de gente, prefiero tomar algo sentados en

algún lugar más exclusivo. Afortunadamente me las he arreglado para que estemos en un reservado la mayor parte del tiempo. No me gusta mezclarme con la gente. No me gusta que me toquen. Y en la zona más amplia del enorme local, donde todos se concentran para bailar, no puede uno estar sin que alguien le roce; algo que no soporto. Además, no se puede si quiera hablar, la música en esa zona suena incluso más fuerte que donde estamos nosotros. Ni siquiera sabría definir qué estilo de música es. Tal vez lo llamen música máquina para locos, o música electrónica fuerte. A saber...

—Estoy viendo unas tías desde aquí... mmm —dice John asomado a la barandilla que da a la zona de baile.

—Bajo contigo —dice Thomas eufórico.

Al final todos se animan y yo me niego a quedarme solo, por lo que me veo obligado a ir a ese lugar lleno de gente, y me siento como si me llevaran al matadero.

Me ofrezco para ir a por las bebidas a la barra cuando David propone beber más para animarnos. Bastante animados están ya, como para seguir, pero con tal de no estar en medio de toda esa gente apretujada, soy capaz de seguir en la barra toda la noche, aunque luego tenga que llevar a más de uno a su casa hecho un amasijo en coma.

David me da un codazo cuando estamos en la barra.

—No pierde el tiempo —y señala a John con la cabeza.

Miro hacia donde me indica y veo una rubia medio desnuda, bueno no está medio desnuda, pero si ese vestidito se considera ir vestido en Nueva York... digamos que en otros estados la detendrían por exhibicionismo, como poco. El vestido negro que lleva, muy ajustado, le marca todo el trasero de una forma que hace que tenga que dar un sorbo a mi vaso. Ese vestido no tiene espalda, con lo cual puedo ver perfectamente el tatuaje en ella, una serpiente que gira en diagonal, subiendo por debajo de uno de sus pechos, o eso intuyo, porque ahí justamente es donde sí hay vestido.

Tal vez he bebido mucho, pero mientras la veo, me pongo duro como una roca. Vuelvo a beber otro trago y entonces se acerca John con ella a por las bebidas.

Por poco se me cae el vaso de tubo de las manos cuando se da la vuelta la rubia. Es Julia, esa maldita trepa que lleva seis meses haciendo de mi vida un infierno. Cuando la veo de frente, no puedo evitar que mis ojos recorran su cuerpo, es inevitable con ese vestido. Los tirantes son demasiado finos y el escote le llega al ombligo, deja poco a la imaginación, pero lo suficiente

como para querer arrancar la poca tela que hay. Ella me saluda como si no fuera mi mayor enemiga y se acerca al reconocermelo. Quiero desaparecer en este mismo instante.

—¡Ethan! —grita cuando está a unos metros de mí.

—Julia —respondo sin ganas.

—Nunca te he visto por aquí —dice cuando está a medio metro de mí.

—No me gustan estos sitios... ya veo que a ti sí.

Ella asiente con la cabeza y comienza a reír descontroladamente. Está borracha, pienso, y pongo los ojos en blanco. Alguien la empuja contra mí al pasar por detrás de ella y yo la siento en cada parte de mi cuerpo. Intento apartarla para que no note que estoy todavía duro. Ella vuelve a reír a carcajadas. Está en un estado lamentable. Si la viera así mi padre en la oficina seguro que la despediría de inmediato. Mientras sigue riendo, no sé por qué, tal vez porque con los tacones sigue sin coger estabilidad, tengo que agarrarla y creo que he metido las manos por demasiados lugares de su anatomía que no debería estar tocando. Tengo una mano en su trasero y la otra en su espalda. Se agarra a mí y baja sus manos por mi espalda también. Y mientras ríe me aprieta el culo con su mano.

—Estás borracha —digo más para mí que para ella.

—Eres un aburrido —asegura con la voz pastosa.

—Seguramente, pero no hago el ridículo en público.

—Te gustaría... —se agarra de nuevo a mis brazos para mantener la estabilidad—, hacer el ridículo —su voz suena tan rara. Va como una cuba—. Deberías probarlo —y coge la sombrilla de una copa que hay en la barra y me la pone en la oreja, acariciándome al hacerlo. Yo ruego los ojos y entonces ella vuelve a romper a reír.

—Te voy a llevar a casa, y no debería porque te mereces lo que te pase esta noche —la regaña como si fuera una niña.

—No —grita de pronto, dejando de reír—, si vuelvo con es... este... ciego... la resaca.

—Bien merecida —vuelvo a repetir quitándome la sombrilla de la oreja.

—Aburrido.

Se gira y me planta el culo en mi entrepierna y lo mueve al ritmo de la música, demasiada percusión para mi gusto. Y ahora sí que no tengo dudas de que ha notado mi erección. Siento rabia de que mi cuerpo no apoye mi expresión severa. Ella coloca su mano entre mi cuerpo y su culo y me acaricia.

—No eres tan aburrido —dice girándose de nuevo y restregando su cuerpo contra mí. La agarro de la cabeza con las dos manos y la beso. Siento su lengua con la mía y la oigo jadear y gemir como una gata en celo. Se me abraza y restriega contra mí y creo que me va a dar un infarto porque toda la sangre de mi cuerpo se acaba de concentrar en un solo lugar. Mis manos van hacia su cintura y ella me coge la izquierda y la dirige hacia abajo. Hago lo que me pide, meto mi mano entre sus piernas por debajo de la minifalda del vestido y compruebo que no lleva ropa interior. Dios mío, pienso, es más de lo que puedo soportar. La acaricio y es suave como el algodón y cuando introduzco mis dedos entre sus pliegues siento que está húmeda a la vez que la oigo gemir mientras sigo besándola.

Entonces se aparta rápidamente y vomita dándose la vuelta. Ha manchado a un grupo que bailaba tras ella y cuando empiezan a quejarse tengo que llevármela agarrándola por la cintura y llevándola en volandas.

## Capítulo 2.

No podía tener un peor lunes, después de pasar todo el domingo vomitando me encuentro un montón de trabajo acumulado. Ese maldito niño de papá siempre intenta joderme el día. Seguramente dejó todo esto en mi mesa cuando me fui el viernes. Siempre espera a que me vaya para pasarme el trabajo nuevo.

Lo he visto pasar esta mañana por delante de mi oficina y se me ha quedado mirando, maletín en mano, con la cara blanca, como si hubiera visto un fantasma. Después, en la sala de reuniones no ha rebatido ninguna de mis propuestas como hace a menudo, sino que apenas levantaba la cabeza del informe que tenía en la mesa. Y cuando salimos a comer, las compañeras y yo nos topamos con él en el ascensor, se da media vuelta y baja por las escaleras.

—¿Sabéis qué le pasa a ese? —pregunto alzando las cejas.

—Demasiadas mujeres para él —sugiere Jane haciendo que todas soltemos una carcajada.

—Lleva todo el día muy raro —confirma Karen.

—Le habrá dejado su novia —comenta Anne.

—Eso ya pasó hace meses —dice Jane.

—¿Ese energúmeno ha tenido novia alguna vez? —pregunto con socarronería.

—Bueno, hay que admitir que está como quiere... mmmm —le oigo decir a Karen.

Yo pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza.

—Está buenísimo —la apoya Jane suspirando como una quinceañera.

—Es todo fachada, esa clase de tíos luego en la cama no saben qué hacer —aseguro con un exceso de arrogancia.

—A mí no me importaría que no supiera hacer nada —dice riéndose Karen.

El ascensor llega a la planta baja y cuando se abre la puerta vemos a Ethan salir por la de las escaleras. Todas se quedan mirándolo y callan, incluida yo. Oigo la risa apenas contenida de alguna de ellas y estoy sufriendo lo indecible por tener que aguantar las ganas de reír. Él nos mira y frunce el ceño al vernos, pero decide marcharse rápidamente.

Cuando sale del edificio ya no podemos contenernos más y estallamos en carcajadas.

—En situaciones así me pregunto si pueden leer nuestras mentes —dice



Jane, la más dulce de todas. Pero las suelta como quiere, a veces.

—Espero que no, creo que me encerrarían si pudieran leer mi mente — afirma Karen, la mejor amiga que se pueda encontrar, nos conocimos en la Universidad y la casualidad ha hecho que podamos trabajar juntas. Siempre me río con ella, y creo que está peor que yo. Dando por sentado que sea posible estar más salida y más loca, claro.

—A mí que me registren —dice Anne, la más mayor de todas, pero no por ello con menos ganas de cachondeo.

—Bueno, en mi caso... digo siempre lo que pienso, así que no haría falta leer mi mente.

—No, desde luego que no te guardas nada, guapa —confirma Karen—, pero no nos has contado con quién estuviste el sábado. ¡Y queremos saber!

—No estuve con nadie —niego moviendo la cabeza—, si estuve con vosotras todo el tiempo.

—Cuando fuiste al aseo desapareciste, y ya no te vimos más, conociéndote pensamos que habías ligado.

—No recuerdo nada —admito—, tengo que dejar de beber tanto, controlar más. Sólo sé que me levanté ayer hecha polvo y pensé que vosotras me habíais llevado en taxi. Sólo recuerdo el taxi, en realidad.

—Habrá que volver a salir este finde para celebrarlo.

—¿Celebrar qué?

—Que no te secuestró algún asesino en serie, por ejemplo —dice riendo Karen.

—Este sábado volvemos —dice entusiasmada Anne.

—Sí, me gustó mucho ese sitio, un poco aglomerado pero estuvo bien — admite Jane.

Cuando llegamos al restaurante veo que Ethan está sentado al fondo, solo, y nos mira de reojo. Todos en la oficina solemos comer aquí, y Ethan no es una excepción, está justo enfrente del edificio y la comida es buena. Otras veces hemos visto a Ethan, pero no nos mira ni se da cuenta de nuestra presencia, suele ir acompañado de los otros machos alfa que se creen mejor que el resto de empleados. Es como si se sintieran la élite. Menuda panda de idiotas, pienso negando con la cabeza. Pero hoy está solo en un rincón mirándonos. No sé qué le pasa, pero me está poniendo nerviosa.

Cuando llego a mi despacho y consigo concentrarme en el siguiente proyecto, después de dos cafés, alguien llama a mi puerta.

—Adelante.

La cara de sorpresa que tengo al ver a Ethan entrar y cerrar la puerta tras de sí, debe ser digna de una foto para Instagram, por lo menos.

Me recompongo y suelto el boli y el ratón que tengo en la mano derecha y le dedico toda mi atención.

—¿Sí?

—¿Qué has contado? —me pregunta con una mezcla de preocupación, y tal vez..., ¿enfado?

—¿Qué he contado de qué? —pregunto a mi vez abriendo las manos.

—¿En serio tengo que explicarlo? Desde luego eres retorcida.

Yo frunzo el ceño y abro la boca negando con la cabeza.

—Un momento —digo enfadada—, primero dime qué demonios pasa.

—El sábado. No quiero que vayas diciendo nada de lo que pasó a todas esas cotillas de la oficina, bastante vergonzoso fue, y sobre todo la que peor debería salir parada eres tú, aunque al parecer te da igual lo que los demás piensen de ti.

—¿El sábado? —me limito a repetir.

—Te pones fina cuando bebes, ¿no?

Mi mandíbula se descuelga y mi cara de sorpresa y enfado va in crescendo.

—No sé de qué me hablas, el sábado salimos las chicas que tu llamas “cotillas” y no sé qué se supone que no tenía que contar a las demás.

—¿En serio no te acuerdas?

—¿Acordarme de qué? ¿Es que estabas allí? —pregunto confundida ahora—. ¿Te gusta salir? No te veo en un sitio así, mezclándote con la gente “común”...

—Estaba allí y, desde luego, si no te acuerdas de nada, será mejor así.

Ethan, con su metro noventa decide dar la vuelta y dejarme sola con todas esas preguntas sin contestar. Yo me levanto rápidamente y me pongo en medio de su camino entre mi mesa y la puerta.

—¿Qué pasó? —pregunto agarrándole de la manga de su traje.

—Ya te he dicho que será mejor así, no pasó nada.

—No no, sí pasó algo, y no me puedes dejar así.

Entonces él sonrío, con esos dientes blancos que contrastan con su bronceado. Me clava sus ojos azules y pasa su mano por su cabello rubio, despeinado.

No dice nada y gira a mi alrededor para alcanzar la puerta y dejarme sola. Ese maldito imbécil.

Tengo que saber qué diablos pasó el sábado. Mi mente recopila todos los datos que recuerdo y hago un análisis rápido. Fui al baño, y nadie sabe nada más de mí, sólo recuerdo un taxi y despertarme en mi cama. ¿Acaso me follé a Ethan? Pienso abriendo los ojos consternada. No puede ser que haya bebido tanto. Pero la forma en que ha sonreído al irse. No puedo soportar la idea de que hayamos follado, es como... no sé..., ¿mi mayor pesadilla hecha realidad?

No puedo permanecer ni un segundo más sin saberlo. Salgo de mi despacho y entro en el suyo justo enfrente. Casi estoy rezando sólo por que no haya ocurrido. Entro en su despacho y cierro la puerta discretamente.

No me recrimina haber entrado sin llamar, como ha hecho otras veces cuando enfadada por sus cabronadas suelo entrar a ese lugar, que en realidad evito siempre que puedo.

—¿Hemos follado? —le preguntó directamente, con el corazón latiendo con fuerza. Tal vez la cafeína que llevo en el cuerpo no me esté ayudando mucho en este momento.

Él sonríe y se le ilumina la mirada.

—Adivínalo, ya que eres taaan inteligente.

Le miro frunciendo el ceño e intento comprender en qué momento alcohólico de mi vida podría atraerme ese imbécil.

—No puedo creerlo —digo en un susurro desplomándome en una de las sillas frente a su mesa.

—Deberías buscar un apartamento más grande. Apenas pude llegar hasta la cama con tanto trasto por en medio.

Levanto la cabeza y mis ojos se agrandan. Sí, él ha estado en mi habitación y ha pasado realmente. Mi mente actúa rápida y decido las opciones más fáciles para soportar esta información.

—Ok, digamos que pasó, no entiendo por qué, pero echemos la culpa al alcohol. Olvidémonos de todo y sigamos adelante, seguiremos odiándonos como hemos hecho hasta ahora y seremos igual de felices haciéndolo, esto no cambia nada —concluyo satisfecha.

—Tu ya lo has olvidado, pero yo no puedo... —dice riendo otra vez.

—¿Qué hicimos? —me corroe por dentro no saber y que él sonría de esa forma.

—¿Quieres los detalles? —pregunta levantando una ceja.

No sé si alguna vez tuve la capacidad de sonrojarme, pero si pudiera hacerlo, ésta sería la ocasión más propicia para hacerlo. Quisiera que me

tragara la tierra.

—Ya veo que estás disfrutando con esto —digo, y se me ilumina la mente —, pero si lo he olvidado tan fácilmente debe ser que no había mucho que recordar —y acompaño mis palabras mirando hacia su entrepierna mientras me levanto. Algo que por un momento se me pasa por la cabeza, ¿cómo será? Y justo en este momento recuerdo la conversación con las chicas, si pudiera leer mi mente este imbécil...

Él frunce el ceño y se levanta también.

—Hay mucho que recordar, y bien que te restregabas —dice acercándose a mí, que me quedo paralizada—. Échale la culpa al alcohol, si no lo recuerdas.

Mis ojos van directamente a su entrepierna cuando lo tengo delante de mí.

—No puede ser —vuelvo a repetir en un susurro.

Con su metro noventa todo estirado delante de mí, me cuesta tragar saliva. Él agacha la cabeza como si fuera a besarme, aunque seguramente lo hace para amedrentarme.

—No te atrevas a tocarme —susurro—. Eres el último que me habría follado en condiciones normales. Te aseguro que ya no me vuelve a pasar algo así —digo más para mí que para él.

—No te creas tan importante —dice en mi oreja y siento su respiración en mi cuello—, fuiste tú la que vino a buscarme en la discoteca, y todo el tiempo me pedías más. Me agarrabas las manos para que te tocara.

¿Yo le pedía más? No puedo creer que haya cometido este error garrafal. Miro su cara de imbécil y frunzo el ceño.

—Pongamos las cosas en su sitio, supongamos que en un momento de debilidad alcohólica... —me cuesta decirlo—, follamos —digo apartando la mirada de sus ojos. Se nota que está disfrutando viéndome sufrir así—. No volverá a pasar y haremos como si nada de esto hubiera pasado.

—Por mí no te preocupes... pero..., ¿podrás controlarte? Me dijiste que estabas deseando repetir —y acompaña sus palabras con una sonrisa de lo más seductora.

Por primera vez me quedo sin palabras ante este idiota y decido darme la vuelta y salir de allí prácticamente corriendo. ¿Y si tiene razón y me gustó... y le dije que quería más? Podría ser, no me extrañaría que hubiera dicho cosas así. Odio cuando no me acuerdo de lo que he hecho. Normalmente en esos casos mis amigas me informan de todo. Esto, definitivamente, pasa todos los límites de mi currículum de estupideces con amnesia. Y por si fuera

poco, nadie me vio con él y tengo que confiar en las palabras de Ethan, el hombre en quien menos confío en el mundo. Entonces se me ocurre algo, estará mintiendo. Me doy media vuelta en mi despacho y vuelvo a irrumpir en el suyo.

—Te lo has inventado, no tienes ninguna prueba —le acuso.

Él levanta una ceja y sonrío de nuevo.

—Me hubiera llevado tus braguitas como prueba, pero como no llevabas...

Yo me quedo boquiabierta y grito antes de salir de allí, de nuevo enfadada y sin haber logrado nada.

Vuelvo a casa reventada y me meto directamente en la cama mientras voy dejando la ropa por el suelo a medida que llego allí. Cuando me acuesto noto que hay algo en los pies, debajo de la sábana. Me incorporo y rebusco para encontrar un reloj de pulsera. Lo examino detenidamente y sé de quién es, es el reloj de Ethan, lo he visto en su muñeca otras veces. Es una muestra de opulencia, de su nivel económico, otra forma de señalarnos a todos lo superior que se siente, siempre por encima de los demás. Todavía no entiendo qué hacía en la discoteca. Allí hay demasiada gente, y llevo seis meses viéndolo escapar de las aglomeraciones y evitando el contacto físico con casi todo el mundo. Aunque ahora que lo pienso, al final sí que mantiene contacto físico con alguien, concretamente conmigo, el problema es que no me acuerdo de nada. Bueno, el mayor problema es que haya ocurrido.

Observo el reloj y siento su peso en mi mano. Es un reloj de oro. Eso ya no está de moda, pero supongo que Ethan pasa de las modas y sólo sigue su norma de gastar dinero aunque sea demasiado extravagante. Cómo odio a los tipos como él. Y entonces caigo en la cuenta de que ha estado en mi cama, en estas mismas sábanas, porque no me ha dado tiempo a cambiarlas. Y me acuerdo de que ha dicho que mi casa es un desastre, que apenas podíamos llegar hasta mi cama. Ahora tengo la certeza de que me lo follé, y me mortifica tener que verle cada día a partir de ahora. Sí, mi casa es un desastre, pero seguro que él tiene un ejército de gente contratada para dejarlo todo como una patena. Y su casa será grandísima, no tendrá mis problemas de espacio. Porque vivo en un minúsculo apartamento de Brooklyn, donde apenas hay sitio para la cocina, que está integrada con el salón, y la habitación, es decir, sólo hay un espacio, aparte de la habitación y el baño. Habrá flipado con mi casa, pienso, y no puedo evitar sonreír ante la idea de verlo aquí, agobiado con mis trastos. Y ha entrado por echar un polvo. Le

habrá costado lo suyo soportar estar aquí dentro con su claustrofóbica cabeza.

Mientras enciendo la tele y dejo el reloj en la mesita alguien toca el timbre. No pensaba levantarme hasta el día siguiente, pero insisten.

Es Jane, que ha tenido problemas con su novio, otra vez.

—Julia —dice nada más abrir la puerta, cargada de una maleta—, ¿podría quedarme esta noche aquí? —no es la primera vez que lo hace, aunque mi casa precisamente no podría servir de albergue... dadas las dimensiones.

—Pasa y acomódate como puedas —digo abriendo la puerta y haciendo el típico gesto con la mano, señalando el desastre de casa que tengo.

—Gracias Julia, esta vez es definitivo.

—Haré café y me cuentas.

Mientras hace sitio en el sofá yo preparo la cafetera. En realidad preferiría dormir, pero luego me tomaré una pastilla para que cuatro horas me sirvan como si hubiera dormido ocho. Estoy segura de que Ethan es de los que respetan las horas de sueño y ya me lo puedo imaginar durmiendo en su perfecta cama con sábanas planchadas y con una de esas máscaras para los ojos que se ponen las pijas en las películas.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto ofreciéndole la taza de café humeante.

—Bill es imbécil, lo he encontrado en casa con una tía.

—No me sorprende mucho, es que es imbécil.

—No lo esperaba, sé que siempre tenemos problemas, pero esto...

—Si es que... hasta donde les dejemos —digo negando con la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que los imbéciles las van haciendo porque lo aguantamos. A la primera estupidez que hacen, fuera, y así te evitas sufrimientos en el futuro.

—Para ti es fácil, es que... tampoco era tan malo.

—Nunca parece todo tan malo, sólo cuando lo ves desde fuera, pero te aseguro que a ese idiota se le veía venir.

—Pero tú nunca me dijiste eso, las demás sí, pero tú no me dijiste nunca que le dejara.

—No hiciste caso a las demás, y mira que Karen te lo decía constantemente, ¿me habrías hecho caso a mí? —digo negando con la cabeza.

Ella mira su café, que coge con las dos manos. Desde mi silla, un poco más alta que ella, que está hundida en el sofá, me parece una niña pequeña.

—Vosotras... Yo no puedo ser como vosotras, yo si estoy con un tío me pillo enseguida. Además, no he estado con tantos.

—Pues ese es el problema, que has estado con dos o tres y no tienes con

qué comparar, por eso te pillas enseguida. El sábado salimos y lo arreglamos —digo con una sonrisa traviesa.

—No sé si tengo ganas después de lo que ha pasado, además pagué hace tres días mi parte del alquiler, hasta dentro de unos meses ni siquiera voy a tener para pagar otro piso.

—Ya sabes que por eso no te tienes que preocupar —le aseguro con una sonrisa cálida—. Además, necesito salir, si no lo haces por ti hazlo por mí...

—¿Qué te ha pasado?

—Te lo digo pero no lo cuentes a nadie, porque si se entera alguien más me pego un tiro.

—Ya sabes que puedes confiar en mí.

—Me he follado a alguien de la oficina.

—Pero eso no es nada nuevo.

—Éste es distinto, digamos que no debería haberlo hecho.

—¿Quién?

—Ethan —admito mortificada echando la cabeza a mis manos.

—¿Ethan? —no es capaz de decir nada más.

—Sí, el sábado cuando desaparecí, me enrollé con él —me levanto y cojo el reloj de mi mesita—, y lo peor de todo es que no recuerdo nada, sólo que él me lo ha dicho... y encima he encontrado esto entre mis sábanas.

Ella me mira boquiabierta e intenta decir algo.

—Qué... Qué vergüenza.

—Ya... —vuelvo a sentarme resignada.

—¿Y qué vas a hacer?

—Olvidarme del tema, es bastante traumático...

—Pero él sí lo recuerda todo... Ay yo me moriría de vergüenza.

—No te creas, que yo también, he pasado un día..., y por si fuera poco él está disfrutando de mi conmoción como un niño en un parque de atracciones.

—No me extraña, conociéndolo... os lleváis tan mal. Aunque él no es como tú, es más como yo, nunca lo he visto con tías en plan mujeriego... a ver si se pilla de ti.

Yo pongo los ojos en blanco.

—Si no lo has visto con muchas tías es porque le molesta la gente y el contacto físico con otras personas.

—Pero él tenía una novia hasta hace unos meses, una de esas que son para toda la vida.

—La lavaría con ese desinfectante que tiene en su despacho antes de

tocarla, puedo imaginarlo —digo riendo.

Jane también se ríe y niega con la cabeza.

—No creo que sea tan malo, a lo mejor es que no lo has conocido más a fondo.

Yo enarco las cejas.

—Me parece que sí he tenido la oportunidad de conocerlo más a fondo..., o él a mí... Dios ya no bebo más.

—¡Pero si me estás diciendo que salgamos el sábado!

—Ya, es verdad, es que cada vez que lo recuerdo. No sé cómo se me ocurrió liarme con él. Pero no, no vuelvo a beber tanto, y además no pienso volver a quedarme a solas con él, eso es, lo voy a evitar todo lo posible — afirmo con determinación renovada.

—Yo creo que él es de los que se pillan. Y ahora que está sensible por lo de su ex...

—Ese, ¿sensible? Lo dudo. Estará jodido porque le dejó ella, ya sabes, el orgullo.

—Puede ser, pero no me parece tan malo como dices.

—No puedes seguir así, Jane, tienes que dejar de ver lo bueno que tiene la gente.

Ella asiente con la cabeza.



### Capítulo 3.

Mi vida está estructurada en apartados, o bloques de horas, medio bloque es media hora y un bloque es una hora. Me gusta este orden y es el que he seguido en mi época de estudiante, y ahora en mi trabajo. Dedico dos bloques para el trabajo en casa, uno para cenar y medio bloque para ver algún programa por televisión. Por la mañana dedico medio para levantarme y vestirme, otro para ir al gimnasio y otro medio para ir al trabajo. Si sigo esta dinámica, nada malo puede pasar. Si ocurre algo distinto en mi rutina es por culpa de los demás, que se dedican a molestarme continuamente.

Cuando llego al trabajo dedico medio bloque para poner en orden el trabajo que voy a realizar. Por eso llego media hora antes, aprovecho que la oficina está vacía para que no me molesten.

Me gusta la paz que se respira cuando no hay nadie. Me relajo observando los nuevos proyectos y tomando el café mientras me acomodo en la silla. A veces lo hago escuchando la radio para oír las noticias. Hoy, como siempre, dejo mi café al lado del ordenador y me dispongo a acomodarme en la silla subiendo las piernas a la mesa para apoyar los pies en el borde, cuando alguien abre la puerta.

Entrando sin llamar no podía ser otra persona que Julia. Sabe que odio que haga eso, pero ella siempre hace lo mismo.

—¿Vienes a pedirme más? —digo sin moverme de mi silla dando un sorbo al café.

—En tus sueños —dice con los ojos entrecerrados.

—¿Qué quieres de mí entonces?

—De ti nada, vengo a devolverte esto —y rebusca en su maxibolso para sacar mi reloj.

Me levanto de inmediato y lo cojo de su mano.

—¿Dónde estaba?

—Se te debió de caer en mi cama...

—Lo estaba buscando —me lo regaló mi abuelo cuando me gradué, y ha terminado en la pocilga de la casa de Julia.

—Seguro que tienes muchos relojes.

—Ninguno como éste.

—Pues ya puedes seguir haciendo ostentación.

Despego la vista del reloj y la fijo en ella. No entiendo qué le pasa conmigo. Ya sé que no empezamos con buen pie, pero se nota que me odia, siempre hace comentarios despectivos con respecto al dinero y sobre mí.

—Me alegro de encontraros a los dos —dice mi padre asomándose por la puerta abierta de mi despacho— quiero hablar con vosotros. En diez minutos en la sala de reuniones.

No es habitual que nos cite y más a estas horas, ¿sólo nosotros dos? Julia me mira frunciendo el ceño.

—¿Sabes de qué va esto?

—Ni idea —termino el café de un sorbo y la sigo hasta la sala de reuniones.

—No le habrás dicho nada de lo que pasó a tu padre, ¿no?

—¿Estás loca? No se me ocurriría. Esto no lo debe saber nadie —digo parando tras ella y pasando mi mano por mi pelo.

Ella se da la vuelta ante la puerta de la sala de reuniones y me mira alzando una ceja, como si le hubiera ofendido algo de lo que he dicho.

—De todas formas nadie creería que me he rebajado tanto como para liarme con un tío como tú —dice bajando el tono de voz, aunque la oficina está todavía vacía.

No sé qué le pasa ahora, ¿qué he dicho para que me responda así? Odio la soberbia que tiene. Siempre lo mismo.

—Dices que no lo creería nadie, pero nada más verme en la discoteca te acercaste a mí y me metiste la lengua hasta las anginas, luego me agarraste la mano y la metiste por debajo de tu falda. Estabas tan mojada —digo cada vez con una sonrisa más grande al ver cómo su expresión de terror llena su rostro. Le mortifica que le recuerde lo que ocurrió, aunque en realidad creo que fui yo quien la besó primero cuando se restregó—. Te diste la vuelta y me pusiste todo el culo en mi polla... restregándote...

—¿En serio hice eso? —está blanca como la leche. Debe ser todo un shock para ella recibir esta información.

—Y más cosas —le aseguro sin dejar de sonreír. En realidad ahí acabó todo, porque luego vomitó y perdió el conocimiento. La llevé a la dirección que había en su carnet de conducir y la metí en la cama, accediendo a su piso con las llaves que encontré en su bolso. Lo cual no fue fácil, porque estaba todo desordenado y por el suelo; y casi nos matamos hasta llegar. Caí con ella en su cama y fue cuando se debió descolgar el reloj de mi muñeca. Pero prefiero que piense que hemos follado. Ver su cara desmontada cada vez que lo menciono, no tiene precio. Puede que me pasara un poco desnudándola, y tal vez la toqué mientras lo hacía... pero en mi defensa, yo también había bebido y, sinceramente, no pude resistirme. En realidad, cada vez que la veo

me pongo duro al recordarlo, y no puedo evitar pensar en cómo habría sido si hubiéramos follado realmente. Verla tendida en la cama, ese tatuaje que rodea su cuerpo. Dios, sólo de pensarlo me empalmo. Afortunadamente ella no tiene ni idea de lo que pasa por mi mente, está demasiado ocupada autoflagelándose mentalmente por lo que hizo como para reparar en otros detalles, como la erección que tengo cuando se da la vuelta y veo marcado su culo con esa minifalda de un traje chaqueta que parece el disfraz de abogada salida para los carnavales, muy poco profesional.

—¿Te ayuda en tu carrera laboral llevar esas minifaldas?

Ella vuelve a girar y me echa una mirada asesina.

—Pues ahora que lo dices, estoy más cómoda cuando me siento delante del ordenador casi diez horas diarias.

Toma asiento y yo lo hago frente a ella, dejando ambos a un lado la silla de mi padre en la cabecera de la mesa.

Nos mantenemos en silencio y ella intenta no mirarme, lo cual me hace sonreír. Es la primera vez en seis meses que la tengo donde quería, por fin se siente incómoda conmigo; se le han bajado los humos, por así decirlo.

—¿En qué momento se me ocurriría? —dice justo cuando se abre la puerta y aparece mi padre, que frunce el ceño al vernos.

—Vaya cara lleváis... —nos mira a ambos y niega con la cabeza—. Bueno, lo importante... Hay una oferta de compra hostil sobre nosotros. Quiero soluciones —dice sin preámbulos.

Mi padre es así, es directo y no se anda con rodeos. Yo le miro y luego a Julia, que empieza a divagar ideas. La observo y se levanta mientras su cerebro trabaja rápidamente. En cierto modo la admiro. Admiro la capacidad de trabajo que tiene y cómo en cuestión de segundos recopila toda la información que le va dando mi padre y sus pensamientos trascienden hasta nosotros. Yo me despejo y pienso también rápidamente en las posibles soluciones. Las más habituales para estos casos.

Miro a mi padre que tiene los ojos muy abiertos y con una sonrisa en los labios al verla comentar con rapidez las soluciones. Yo, aunque suelo llegar a las mismas conclusiones soy más precavido y necesito más tiempo para pensarlo todo, aunque en este caso ambos comentamos las mismas ideas y mi padre sonrío al vernos ahora trabajar al unísono. Algo poco habitual en nosotros, que siempre nos pisamos las propuestas, a veces pienso que sólo por llevar la contraria. Sin embargo ahora es distinto porque peligra nuestro trabajo y por ende nuestro futuro.

—Necesitamos... sí —dice ella—, no. Tal vez si endeudamos...  
—Ya estamos endeudados. Es mala opción —dice mi padre.  
—¿Podemos comprar acciones? ¿Hay dinero? —me pregunta Julia.  
—Algo hay —digo yo—, pero no podemos hacerlo.  
—No a vuestro nombre —dice ella comenzando a sonreír.

Mi padre y ella siguen hablando sobre los pormenores de su plan y yo no puedo lograr concentrarme por primera vez en mi vida laboral. Me quedo mirando a Julia recordando cuando la desnudé sobre su cama. Siento que vuelvo a estar duro y sólo ruego que no tenga que levantarme en este momento, porque no creo que pudiera disimular. Ambos se complementan en el trabajo y yo me siento como si sobrara. Sus cerebros van al unísono en la sucesión de ideas. Yo los observo y creo que siento envidia o algo parecido a los celos, hacia ambos. Ella lo admira y él la ve como me debería ver a mí, como si fuera su propia hija. Y normalmente nos tiene en consideración a ambos, pero ahora estoy invadido por imágenes de ella sobre su cama y mi mano en su cuerpo, y todo lo que podría hacerle; y no logro concentrarme.

Ambos me miran, me han debido preguntar algo y yo estaba pensando en tonterías.

—¿Y bien? —pregunta mi padre—. Tendréis que trabajar en esto juntos. Tu llevas el área financiera. Tendréis que dejar a un lado vuestros problemas.

—No te preocupes, papá.

Mi padre la mira a ella con preocupación.

—No te preocupes, William —dice dedicándole una sonrisa.

—Os dejo solos. Esta tarde nos reunimos de nuevo.

—¿En tu despacho o en el mío? —sugiero con una sonrisa de lo más seductora que puedo.

—En el tuyo, es más cómodo. Llevaré mi portátil —consiente ella aceptando que tendremos que pasar todo el día juntos.

#### Capítulo 4.

Ethan y yo nos presentamos en la sala de reuniones, donde William nos espera desde hace unos minutos. Ambos entramos en silencio. Debe pensar que algo nos pasa, pero no va a indagar sobre el tema, primero tenemos que salir del pozo donde nos hemos metido.

—¿Y bien?

Le entrego una carpeta y dedica unos minutos a revisar los documentos.

—Veo que trabajáis bien juntos...

—Necesitamos un testafierro —dice Ethan—, ya hemos preparado todo, sólo falta que alguien lo firme.

—Ninguno de nosotros puede poner su nombre —digo yo.

—¿Alguna sugerencia? —pregunta mirando a uno y otro alternativamente.

—No, pero está claro que tiene que ser alguien de confianza.

—No me fío de nadie —admite William con pesar.

—A mi sólo se me ocurren algunas de las chicas de la oficina —digo frotándome las sienes cansada.

Tras una semana sin encontrar una solución y con el agua al cuello por fin llega el sábado. Sé que dije que no iba a volver a beber tanto, pero cuando llegamos a la discoteca empiezo a beber la primera.

—Tranquila Julia —me aconseja Karen.

—No sabéis el problema que tenemos en la empresa —digo apesadumbrada.

—Bueno, dejemos los problemas fuera. Vamos a divertirnos —termina canturreando Anne, abriéndose paso entre la gente para bailar.

—Ésta ya va calentita —dice Karen riendo.

—Se ha pasado un poco en la cena —admite Jane.

—Ah no, Jane, ahora vas a beber tú —digo ofreciéndole beber de mi cóctel—. Hay que deshinibirla —le digo a Karen, que asiente con una sonrisa de malicia.

—Está bien, pero vosotras dos controlaros, sobre todo tú, Julia...

—¿Qué os pasa a vosotras? —pregunta Karen.

—Nada, que Jane quiere cuidar de mí para que no vuelva a perder la memoria. Pero es que si no bebo lo suficiente no me sube —me quejo.

Karen se pide una caipirinha y Jane se termina mi piña colada. Me acerco a la barra y le pido al barman algo más fuerte, sin tanto aderezo. Él me guiña un ojo y me sirve un mojito que básicamente es ron con muy poco azúcar y

un chorrito de limón que apenas se aprecia.

—Es una creación mía —dice el morenazo que me lo ha preparado.

Le doy un sorbo y me entra la tos.

—Dios santo, está fuerte... —respiro hondo y admito— pero esto es lo que quería.

—En la Universidad nos bebíamos el vodka de la propia botella, no será para tanto —quita importancia Karen cogiendo el vaso de mis manos.

Bebe un sorbo y agranda los ojos.

—¡Qué pasada!

—Ya no tenemos veinte años —digo con nostalgia.

Después de una hora bebiendo empiezo a notar los efectos del alcohol. Karen y yo nos unimos a Anne, y Jane nos sigue a regañadientes. Normalmente está mucho más animada, pero hoy está en otra parte. Todavía le duele lo de su ex.

Comienza a sonar Hymn y Karen y yo nos volvemos locas, nos ponemos a cantarla como si lleváramos un micrófono imaginario y empujamos a Jane delante de nosotras. Nos movemos hacia la tarima entre la gente que nos va apretando por todas partes. Nos subimos y les pellizcamos el culo a los chicos que también están allí, sin parar de reír. De pronto siento unas manos a mi alrededor y gracias a la magia del vodka, o tal vez del ron, me dejo llevar por esas manos grandes. Los bajos de la canción hacen retumbar la tarima. Estoy sudando y esas manos me sujetan la cintura apretándome contra... sí, estoy notando una erección enorme detrás de mí. Mientras bailamos meto la mano entre nuestros cuerpos y acaricio esa pedazo de polla. Quiero darme la vuelta, pero no me deja, y me besa el cuello. Creo que estoy gimiendo, aunque no me oigo con el ruido de la música. Comienza a sonar God is a girl y miro delante de mí a Karen con la boca abierta, paralizada.

Está gritando mi nombre aunque no pueda oírla. Noto que la mano de ese hombre está subiendo por dentro del vestido. Ha metido la mano por la apertura que hay en el costado y está subiéndola hasta tocar mi pezón.

Karen se acerca y aunque hay demasiada gente y le impiden llegar, sé por su expresión que algo ocurre.

Me giro y veo a Ethan. Apenas puedo mantener la respiración en orden. Me ha calentado como a una hormiga bajo una lupa.

—¿Cómo demonios te atreves? —le grito a pesar de la música.

Él me hace un gesto como si no me oyera.

—¿Que cómo te atreves? —vuelvo a gritar poniéndome de puntillas e

inclinándome hacia su oído.

—No sabía que eras tú —se defiende.

Miro a un lado y veo a Jane besándose con un tío y pongo los ojos en blanco. Se suponía que tenía que estar pendiente de mí por si se me iba la olla. Como en este momento...

Karen todavía está flipando y yo agarro del centro de la camisa a Ethan para que me siga.

Voy a los aseos y él me sigue como si fuera un niño, a pesar de que yo mido metro y medio y él metro noventa.

Me meto en el aseo de minusválidos y cierro con el pestillo.

—¿Qué te has creído? ¿Piensas que cuela esa mentira? ¿Pero tú de qué vas? —grito fuera de mí.

—Yo... —balbucea y yo frunzo el ceño. Va peor que yo, eso está claro. Oigo los golpes en la puerta y la voz de Karen preguntando si estamos bien.

—Esto no cambia nada, esto no ha pasado —le aseguro abriendo la puerta y topándome con Karen que tiene la cara desencajada.

Ella mira el interior y ve a Ethan terminándose de abrochar la camisa que le he abierto sin querer al tirar de ella.

—¿En serio? —pregunta sacándome de los aseos.

—En serio —asiento resignada.

—Pero...

—Al menos ahora recuerdo algo.

—¿Qué significa eso? —grita para que la oiga a pesar de la música.

—El sábado pasado, cuando perdí la memoria, estuve con él.

—¡Qué fuerte tía! ¡Qué fuerte! —y empieza a reírse.

A mi ya se me está pasando el ciego y después de lo que ha ocurrido me está entrando sueño.

—Yo me voy, quédate con Jane y con Anne.

—Anne se ha liado con un tío casi desde que hemos llegado y a Jane la he perdido de vista cuando te he seguido.

—Ya aparecerá —señalo hacia la tarima, donde está Jane con un moreno que parece que se la va a comer.

—Todavía estoy flipando —asegura Karen cuando estamos fuera esperando un taxi.

—Ya... no te creas, que yo también. Pero llevo una semanita... Me dice que hemos follado y que yo iba muy perra, no recuerdo nada; pienso que es mentira, pero encuentro su reloj en mi cama. Y me dijo que no paraba de

restregarme con su polla. Como comprenderás tengo unas ganas de comprobarlo... Pero es que es tan odioso, el típico niño de papá, ya sabes que no soporto a esos tíos, y encima es el hijo de mi jefe.

—¿Y cómo la tiene? —Karen es peor que yo, de todo lo que le he explicado sólo se le ocurre preguntarme eso.

—No lo sé, pero creo que bastante grande —digo casi con un suspiro que intento ocultar rápidamente.



## Capítulo 5.

Llevamos horas trabajando juntos y ella hace como si no hubiera ocurrido nada, y yo no puedo dejar de pensar en todo lo que ha pasado esta última semana, sobre todo lo que pasó el sábado. Fui sabiendo que ella estaría allí, interrogué a Jane el viernes. Fui sabiendo que lo único que quería era volver a besarla. Y ella se dejó..., hasta que supo que era yo quien lo hacía.

—Nos vamos de viaje —dice mi padre abriendo la puerta de la sala de reuniones donde nos hemos instalado desde primera hora para organizar nuestra estrategia. Ella me mira como si yo supiera algo de esto y se lo pudiera explicar. Niego con la cabeza y vuelve sus ojos a mi padre.

—¿Dónde vamos?

Él saca unos billetes de avión de su bolsillo y los mueve en el aire.

—Digamos que de vacaciones al Caribe —explica levantando una ceja.

Julia y yo nos volvemos a mirar sin entender nada. ¿Vacaciones con la que está cayendo?

—Hay cuatro billetes... —dice Julia.

—Podéis ir a casa, nos vamos mañana a primera hora.

—Pero William, ¿qué significa todo esto?

—Sólo serán tres días, he encontrado la forma de parar todo esto. En parte gracias a vosotros, y en parte al dinero que sabiamente guardé en un banco en Panamá. Lo arreglaremos todo de un plumazo. Mandaré un coche a recogeros a las 8 de la mañana.

Mi padre sale de la sala y Julia me encara.

—¿Sabías algo?

—No tenía ni idea.

—¿Qué estará tramando?

—Dice que gracias a nuestra idea... creo que será lo del testamento.

—Por eso cuatro billetes...

A la mañana siguiente me despierto con unas ojeras que me llegan hasta el suelo, y el coche que ha enviado mi padre ya está ocupado por Julia.

—Buenos días —digo de mala gana.

—Vaya cara llevas —me responde.

Yo he subido al maletero dos maletas grandes de plástico duro y ella sólo lleva un maxibolso. Encima lleva una cara de haber dormido a pierna suelta que me da entre rabia y envidia.

—¿Dónde está tu equipaje?

—Aquí —dice dándole unos golpecitos a su bolso—. Ni que fuéramos a

mudarnos seis meses..., ¿qué has metido en esas maletas?

—Lo necesario para cualquier eventualidad. ¿Es que no piensas en todos los problemas que pueden surgir?

—Tengo la tarjeta, vamos con tu padre... es el Caribe, por el amor de Dios, que con dos camisetas y un vestido es suficiente.

—No sé cómo lo haces para que todo te salga bien... —respondo ofuscado.

—Pues no lo sé, será el karma.

El coche se detiene en el aeropuerto y nos encontramos con mi padre y Karen.

—Ahh —grita Julia al ver a Karen, y ambas se abrazan.

—¡Qué calladito te lo tenías! —añade Julia soltándola.

—Era una sorpresa, por eso no te dije nada. Además cuando me lo propuso William ya no estabas en tu despacho. Y luego me dijeron que te habías ido.

—Sí, a hacer la maleta.

Yo la miro y enarco una ceja. ¿Pero de qué maleta habla?

Mi padre las interrumpe y me apremia para seguirle.

—Vámonos o perderemos el vuelo.

## Capítulo 6.

He tenido que sentarme con Ethan porque William tiene que hablar de algunos detalles con Karen. Al menos es primera clase, pero cada cinco minutos Ethan se queda dormido y termina babeando sobre mi hombro, y eso que los asientos son súper anchos. Al final le doy un codazo y se despierta aturdido. Me mira enfadado y yo le dedico una sonrisa falsa.

—¿No puedes dormir para el otro lado? Encima que tienes la ventanilla...

—He dormido mal, por tu culpa, así que ahora paga tú las consecuencias.

—¿Por mi culpa? Tu no estás bien de la cabeza. ¿Qué tengo yo que ver con tu ciclo de sueño? —pregunto y de pronto me quedo helada.

—No te hagas ilusiones... son pesadillas.

—Sí claro, no era eso lo que viniste a buscar el sábado...

—Te dije que fue casualidad —se defiende.

—Nunca sales por la noche, ni te gusta la gente, ni ese tipo de sitios. Que haya sido casualidad encontrarnos en la discoteca una vez, me lo creo... La segunda vez, no.

—Un amigo me llevó allí... me gustan las rubias. Con cierto grado de alcohol parecéis todas iguales.

—Serás... imbécil —le contesto entrecerrando los ojos.

Él se gira hacia la ventanilla y apoya la cabeza ahí para seguir durmiendo. Lo miro unos segundos. Es atractivo, realmente si no fuera tan imbécil..., pienso levantándome para estirar las piernas por el pasillo.

—Señorita, ¿desea algo? —me pregunta un auxiliar de vuelo rubio, joven y demasiado fibroso para ese empleo. Tal vez le iría mejor el de modelo.

—¿Podría meter al hombre que tengo sentado al lado... en la bodega?

Él se ríe y me señala un sitio en la zona donde la tripulación espera mientras nadie los llama.

—Puedes quedarte aquí un rato —dice guiñándome un ojo—. ¿Americana?

—Sí —asiento con una sonrisa—. No sabría decir de dónde eres... tienes un acento con muchos matices.

Él me sonrío y yo acepto una botellita de vodka que me ofrece haciendo una señal de silencio con el dedo sobre sus labios.

—Nací en Panamá, pero he vivido en Uruguay, Miami, Argentina, Italia y en Alemania.

—Vaya, sí que has viajado, con lo joven que eres.

—Tengo un pariente en cada país y es una forma de aprender, sobre todo

los idiomas. Así nunca me falta trabajo. Y ahora estoy intentando aprender francés, así seguro que me hacen fijo.

—Vaya, sabrás muchos idiomas.

—Mi abuela era francesa, mi padre es mitad holandés, por eso soy rubio —dice guiñándome un ojo de una forma muy sexi.

—También mi abuela era francesa, ¡qué casualidad! —digo en un tono demasiado eufórico. Tal vez no debería haberme bebido la botellita de alcohol, ya que no es la primera, porque cuando me he sentado con Ethan lo primero que he hecho para sobrellevar su presencia ha sido pedir una.

—¿Hablas francés?

—Un poco, pero no recuerdo mucho ahora. Tal vez debería refrescar mi memoria —digo sonriendo y sintiendo el calor que me proporciona el vodka y su mirada.

Seguimos hablando de las cosas que tenemos en común. Hablamos un rato en alemán. Reconozco que estoy un poco oxidada con los idiomas y que he metido la pata unas cuantas veces, lo cuál le hace reír... Y a mí.

Noto unos dedos en mi brazo y a alguien que tira de mí. Cuando giro la cabeza veo a Ethan con cara de perro.

—Disculpa —le digo al auxiliar de vuelo.

—Si me necesitas, me llamo Roberto.

—¿Qué pasa? —pregunto a Ethan frunciendo el ceño.

—No puedes estar quietecita.

—¿Me vas a montar una escena? Acaso... ¿Estás celoso? —pregunto asombrada.

—¿Cómo iba a estar celoso? Es que no quiero que hagas más el ridículo.

Yo empiezo a reír, ésta sí que es buena. El ridículo es él.

—En primer lugar si aquí hay alguien ridículo eres tú. En segundo lugar, ¿qué importa si haces el ridículo?

—Importa por la imagen de la empresa.

Vuelvo a reír a carcajadas. Entre el vodka y sus gilipolleces..., al menos se hace divertido el vuelo. Sólo espero que no tardemos mucho en llegar.

—Pues con esas ojeras que llevas la imagen es pésima.

Él refunfuña y mira hacia la ventanilla. Yo intento levantarme y él me pregunta algo, supongo que para que siga aquí.

—No sabía que hablabas tantos idiomas.

—¿No leíste mi currículum?

—Supongo que dejé de leer a la mitad.

—Eres un poquito envidioso, ¿no?

—No, sólo admiro la capacidad de trabajo de la gente, no te creas tan especial —admite y yo me quedo boquiabierta.

—No es capacidad, es que tú buscas la perfección en todo y al final no consigues nada, sólo perder el tiempo.

—No sabes cómo soy. ¿Y qué tiene de malo buscar la perfección?

—Pues que pierdes el tiempo y al final no haces nada, por ejemplo, para aprender el 95% de un idioma se necesita un esfuerzo del 40%, pongamos seis meses. Pero para aprender el 98% se necesitarían dos años más. Tú eres el segundo caso, vas a una academia, dedicas tiempo innecesario para saber, al fin y al cabo, sólo un poco más, y al final eso no es muy práctico. Te he visto trabajar estos días y pierdes el tiempo perfeccionando y dando vueltas sobre el mismo tema.

—¿De dónde sacas esas estadísticas?

—No lo sé, pero qué importa, es información irrelevante. Te centras en tonterías, tienes que quedarte con el concepto. Deberías aprovechar estos días para desestresarte. Pero, ¿tú has visto la cara que llevas? Parece que llevas un palo metido por el culo.

Me mira ofendido.

—A ti sí que debería meterte... —se calla de repente ante mi cara de asombro. Gira la cabeza y mira por la ventanilla de nuevo.

El caso es que ya me ha metido algo. Pero.. ¿Cómo pude liarme con él? Siempre le echo la culpa al alcohol, pero es que también debo ser idiota. Es que no entiendo cómo he podido hacer algo así. No me lo creería de no ser porque encontré su reloj en mi cama.

Giro la cabeza y veo a Roberto hablando con otra americana. Sonrío al ver el desparpajo del chaval a diferencia del insulso de Ethan y me quedo dormida.

Cuando me despierto aspiro profundamente el perfume masculino que me rodea y suspiro. Abro los ojos y veo que ahora la que se apoya en el hombro de su acompañante soy yo. Y para más inri tengo la mano sobre el pecho de Ethan. La aparto rápidamente y compruebo si acaso he babeado como hacía él antes. Afortunadamente no.

Ethan se despierta y mira cómo levanto la mano de su cuerpo.

—Hay suficiente sitio para que duermas en tu propio asiento —dice él con cara de aburrido.

—Bien que te arrimabas tú antes.

No me contesta, es como un crío. Vuelvo a preguntarme, ¿cómo he podido liarme con él?

William nos ha alojado en un hotel impresionante que no podríamos permitirnos Karen y yo ni en nuestros mejores sueños.

—Vaya, no reparamos en gastos —dice Karen admirando de arriba abajo el vestíbulo de estilo clásico. Columnas barrocas intensamente decoradas con detalles dorados inician la entrada a ese exceso de lujo y ostentación.

—Guau —me limito a decir absorta.

—Lo mismo digo —responde Karen cuando entramos al vestíbulo.

—Mañana tendremos trabajo que hacer, pero después podéis divertirnos en la discoteca que hay en la primera planta.

Karen y yo nos miramos con una sonrisa.

—¿Discoteca? —dice ella.

—Eso ha dicho —responde Ethan.

—Nos vemos aquí en una hora. Vayamos a las habitaciones —nos ordena William.

Las habitaciones son contiguas. Cada uno tiene una, así podremos dormir mejor, pienso cuando abro con la tarjeta mi puerta. El idiota de Ethan tiene la habitación de al lado. A veces creo que William sabe algo, nos mira con mucha atención últimamente. Tal vez ha hecho esto aposta.

Confirmando mis sospechas respecto a William cuando descubro que el baño tiene una puerta al fondo que comunica con la habitación de Ethan, al cuál descubro mientras está deshaciendo sus dos maletas abiertas sobre la cama.

—¿Cómo has entrado? —se sobresalta él.

—Pregúntale a tu padre. Hay una puerta en el baño de mi habitación que da a la tuya —le explico.

—Pues no la abras más —me ordena.

—¿Acaso crees que esto me hace gracia? ¿Es que crees que voy a entrar en tu habitación por la noche y violarte? —digo negando con la cabeza.

Él se gira totalmente hacia mí y veo sus camisas y su ropa interior perfectamente doblada encima de la cama. ¡Qué perfeccionista! Es que no lo aguanto.

—Nunca se sabe contigo... sobre todo teniendo en cuenta cómo me acosaste hace dos sábados.

—¿Acosarte? En tus sueños chaval —digo resuelta y me giro para ir por donde he venido, no sin antes añadir algo más—. Agradece al alcohol lo que pasó porque estando sobria no me habría follado a un tío que dobla sus

calzoncillos de esa forma en mi vida.

Tras pasar una hora repasando el plan de William sobre lo que haremos al día siguiente, decidimos ir a la piscina para aliviar el cansancio del avión. Karen, al igual que yo, ha pensado en todo y ha traído un bikini de leopardo, muy típico de ella. Yo he optado por uno negro.

—Guau —dice ella.

—Ni que lo digas.

Me lanza una sonrisa y me señala el chiringuito que hay en medio de la piscina en una isla con puentes que conectan con el borde.

—Piña colada —decimos al unísono.

El camarero, un mulato que está como un tren, nos sonrío con unos dientes blancos perfectos y Karen parece a punto de desmayarse, o de saltar sobre él, quién sabe.

—Contrólate un poco —le aconsejo cuando el chico se da la vuelta para coger las copas.

—Hace más de una semana que no follo. Creo que están empezando a gustarme hasta las tías —asegura riéndose. Y para dar más énfasis a su estado de ánimo finge que me va a dar un bocado.

—Habrá que remediarlo, no vaya a ser que te empiece a gustar yo —digo riéndome también.

—Tengo que encontrar a alguien esta noche —dice con un tono que tiene sesgos de desesperación.

Miro alrededor de la piscina mientras cojo la piña colada que deja sobre la barra. Doy un sorbo y evalúo los especímenes que encuentro cerca.

—Veo a unos cuantos que podrían servirte... a ti y a mí. Por ejemplo el del bañador azul al lado de la palmera esa chiquitina de ahí, a la derecha. A las doce en punto veo un rubio que no está nada mal, ¡mierda! va acompañado... habría que acabar con ella... mmm demasiadas complicaciones —digo riendo—. Ese de allí, a lo lejos, ¿lo ves?

—Lo que veo es que tienes que ponerte gafas, ese es Ethan. Y no voy a follármelo el día antes de casarme con su padre. Ok, sería morboso y la boda no es real, pero mejor fóllatelo tú... otra vez.

Mientras Karen se ríe yo empiezo a verlo con más nitidez a medida que se acerca.

—Dios, sí que es él. Tal vez debería usar mis gafas más a menudo.

—Apúntate en la agenda del móvil: usar gafas, beber menos, no follarme al hijo del jefe.

—Estás hoy muy graciosa.

—Lo que estoy es desesperada. Y necesito otro cóctel de éstos o soy capaz de follarme hasta a mi futuro marido.

Ambas reímos cuando aparece Ethan en el chiringuito.

—No deberíais beber tanto.

—Cariño, esto sólo engorda, es un 90% azúcar, apenas lleva alcohol — asegura Karen con un guiño.

—Otra con estadísticas...

—Deja de meterte en la vida de los demás, ¿acaso hacemos mal nuestro trabajo?

—No, pero dais una imagen lamentable.

—Oye, no hables así a tu futura madrastra —dice Karen, al principio intentando mostrarse ofendida y luego estallando en una carcajada.

—Entonces yo podría ser tu tía Julia.

—Una tía muy pervertida —añade Karen que apenas puede parar de reír.

Ethan se da la vuelta y le pide una cerveza sin alcohol al camarero.

—Vámonos, no quiero que nadie nos relacione con él, tal vez afectaría a nuestra imagen.

—¿Qué imagen? —dice Ethan para sí mismo, pero lo suficientemente alto para que lo oigamos nosotras.

—La de dos locas muy salidas que se van a follar al primero que vean, por supuesto —afirma Karen muy seria, pero riéndose al final.

Lo dejamos solo con su cerveza sin alcohol y nos plantamos en dos tumbonas para relajarnos.

No puedo dejar de mirar a Ethan, viéndolo en bañador me doy cuenta de que está como quiere y tiene un cuerpazo de gimnasio que quita el hipo. Si no fuera tan imbécil... tan clasista, tan ordenado y meticuloso. Es que no soporto a la gente así y menos a él.

—No lo mires tanto que lo vas a desgastar.

—Calla que no estoy mirando a nadie.

—Pasa de él, es idiota, seguro que no folla por no mancharse. Bueno..., contigo sí.

Bajo un poco mis gafas de sol y le echo una mirada a Karen por encima de ellas.

—Estábamos borrachos.

—Hay que admitir que está bueno, mmm... pero no, demasiados problemas.



—Tío bueno a las tres en punto.

Karen se vuelve hacia donde señalo con la mirada y baja sus gafas de sol también para verlo mejor.

—Creo que voy a tomar otra piña colada —dice con desgana.

Yo cierro los ojos unos segundos y me quedo dormida. Los vuelos nunca me han sentado bien. No sé cómo he aguantado hasta ahora sin caer dormida en cualquier sitio. Cuando despierto sobresaltada veo que Ethan está a mi lado en el lugar de Karen.

—¿Dónde está Karen?

—Me dijo que cuidara de ti y se fue a la habitación.

Está oscureciendo y casi no queda nadie en la piscina. Sólo estamos nosotros y un par de viejos en la barra del chiringuito.

—Podrías haberme despertado. O haberme dejado aquí, no me iba a pasar nada.

—No tengo nada mejor que hacer.

—Imagino... —digo desperezándome como un gato somnoliento.

—¿No habéis encontrado a algún tonto que os siga el rollo?

Yo lo miro frunciendo el ceño.

—No, desde que te encontré el sábado no he encontrado más tontos.

—Así que no has follado con ninguno.

—¿Estás celoso? —pregunto levantando una ceja.

—Claro que no —se afana en aclarar—. Es que no dejáis de hablar de eso... Sólo era curiosidad.

—Pues suena muy rara tu curiosidad. ¿No te habrás enchochado de mí? —le acuso estirándome en la hamaca con un bostezo.

—En realidad pregunto por si esta noche corro peligro, ya sabes, hay una puerta que comunica con tu habitación —dice riendo.

Yo le devuelvo la sonrisa y niego con la cabeza.

—No osaría acostarme en una cama tan perfectamente ordenada.

Al día siguiente nos vemos todos en el bufet del desayuno. Ethan y yo llegamos puntuales y decidimos no esperar al resto.

—Sentémonos allí —le indico al localizar el sitio perfecto.

—¿Por qué allí?

—Es el lugar con ventana más cercano al bufet.

Él me mira levantando una ceja.

—Pero pasa mucha gente, no me gusta que haya tanto trasiego cerca mientras como. Vayamos a esa zona más apartada.

—Me voy a pasar todo el desayuno levantándome para coger cosas...

Él me mira con el ceño fruncido.

—Eso me pondría más nervioso.

—Entonces todo arreglado.

—Siempre te sales con la tuya —se queja con un tono algo infantil mientras nos dirigimos al lugar más cercano al bufet.

Ethan y yo no tenemos ningún síntoma de haber dormido mal; estamos frescos como la lechuga, pero Karen lleva una cara de sueño que parece la protagonista de una película de terror de los 70, le falta el camisón.

—Vaya cara trae tu amiga.

—¿Se fue con alguien cuando me quedé dormida?

—No me fijo en esas cosas, pero puede ser, estuvo coqueteando toda la tarde con la mitad de los chicos que había en la piscina.

—Pues menos mal que no te fijas.

Ambos callamos cuando Karen se acerca a nosotros en la mesa que hemos elegido

—Buenos días —decimos al unísono.

—Mi padre no se suele retrasar —se queja Ethan mirando el reloj de su muñeca.

—Me lo he cruzado por el pasillo y me ha dicho que ya había desayunado y que nos esperaba en el banco.

—Eso es más lógico en él.

## Capítulo 7.

Después de hacer todo el papeleo, poner a nombre de Karen una buena cantidad de acciones y convertirse en mi madrastra... Dios santo; nos dirigimos al hotel para cambiarnos de ropa y hacer una pequeña excursión en el yate de papá, que al fin ha llegado, y con el que volveremos a Nueva York. Me encanta bucear y tengo el equipo preparado para pasar lo que queda de día disfrutando de una de mis aficiones favoritas.

Cuando vamos a salir hacia el yate Karen se disculpa diciendo que no le gusta bucear, y mi padre alegando que está cansado y pasará la tarde en su habitación. Por lo tanto Julia y yo nos dirigimos al puerto en el mismo taxi, pero sin apenas dirigirnos la palabra.

—¿Volveremos pronto? Me gustaría ir esta noche a la discoteca.

—Como no...

—Si no te sabes divertir no es mi problema.

—Pues si llegamos tarde... haberte quedado con Karen.

—¿De aguantavelas? No gracias. Tu padre no me lo perdonaría.

—¿Qué dices de mi padre?

—¿No te has dado cuenta de cómo se han mirado cuando Karen ha dicho que no le apetecía venir?

—¿Estás sugiriendo...?

—Es evidente.

—No puedo creerlo. Karen no se liaría con mi padre... pero si casi le dobla la edad.

—No exageres, y tampoco sería un drama. Conociéndolos... imagino que no lo tenían planeado, al menos ella no, posiblemente tu padre quiera asegurarse de que Karen esté cerca... hay mucho en juego. Y Karen está como una chota... Aunque puedo afirmar que es de plena confianza, lo que pasa que tu padre no está tan seguro.

—Todo esto son suposiciones. Te estás montando una película...

Ella me mira desafiante.

—¿Qué te apuestas?

—Nada, porque no me creo que esos dos se hayan liado.

—Si no apuestas nada es porque temes perder —sugiere y quiero hacerle tragar sus palabras.

—Está bien, te voy a seguir el juego para demostrarte que no lo sabes todo. ¿Qué apostamos?

Ella hace un gesto exagerado poniendo la mano bajo su mentón, como si

estuviera pensando algo importante.

—Podrías ser mi esclavo...

—Estás loca.

—No pongas esa cara, no es lo que estás pensando, me refiero al ámbito estrictamente profesional.

—¿Quieres que trabaje para ti, que haga tu trabajo?

—Quiero que dejes de meterte en lo que hago yo principalmente, y si ayudas pues mejor... puede que te mande a hacer fotocopias.

—Me parece una tontería.

—Entonces es que crees que tengo razón.

—Por favor, mi padre no se liaría con esa loca, y te aseguro que Karen tampoco lo haría con él, digamos que no es su tipo. De hecho..., acepto la apuesta, pero si gano yo quiero que seas mi chófer, madrugarás para llevarme a la oficina, me llevarás donde yo te diga a cualquier hora...

—Acepto, y pensándolo bien, nunca he tenido un chófer, y me gusta la idea —dice sonriendo con malicia.

Hacemos oficial la apuesta estrechando nuestras manos justo cuando el taxi llega al amarre.

Llevo media hora manejando el timón mientras no puedo dejar de observar a Julia yendo de un lado a otro en cubierta. Los dos únicos miembros de la tripulación del yate la observan al igual que yo y eso me enfurece.

Llamo a uno de ellos y le hago ponerse al gobierno de la embarcación mientras yo voy sacando las botellas. Julia se acerca alzando una ceja.

—No pienso meterme ahí.

Yo, agachado en el suelo me detengo a observarla incrédulo.

—Pensaba que eras atrevida.

—Atrevida para todo, pero a saber qué hay a tanta profundidad.

Sonrío satisfecho de descubrir que tiene miedo.

—Eso es porque no lo has visto. Puedes estar segura conmigo, ya sabes que yo no me arriesgo nunca y que lo tengo todo bajo control.

Ella no me responde y me mira dudando. Cuando la intento coger de la mano para que se acerque, acepta, como si prefiriera eso a tener que tocarme.

—Está bien, pero cuando diga que subimos, nos vamos.

—De acuerdo, digo levantándome.

## Capítulo 8.

Una semana después. 6:30 a.m.

Casi me hizo cambiar de opinión cuando hace una semana pasamos la tarde en el mar, buceando, enseñándome el fondo marino de un lugar privilegiado que él ya conocía. Podría haber afirmado en aquel momento que fue hasta mágico, casi podría haber dicho que disfruté de su compañía, aunque tal vez decir eso sea exagerar. Pero sí agradecí en ese momento que él fuera como es, detallista, aunque sea un eufemismo, y desde luego previsor. Preparó todo lo que os podáis imaginar para no necesitar nada, podríamos haber vivido en el barco por una semana y no habríamos echado en falta pisar tierra. La cena, el encanto del lugar..., una pena que Karen no hubiera venido. Ella estaba en su habitación con gastroenteritis, y William en el restaurante del hotel con su portátil. Había perdido la apuesta, sí, y me encuentro ahora mismo en la acera, sentada en mi coche, con las luces de emergencia encendidas desde hace dos minutos, con la música demasiado alta incluso para mí, pero no quiero correr el riesgo de quedarme dormida y que pase un policía y no sé..., me detenga, por idiota básicamente.

Y si bien no estoy dormida, tengo la mirada borrosa dirigida hacia un punto indeterminado en el asfalto que hay frente a mí, cuando Ethan abre la puerta de atrás de mi coche.

—¿Por qué tienes el coche lleno de basura? —me pregunta boquiabierto cerrando de nuevo la puerta trasera y subiendo finalmente al asiento del copiloto.

Me hace sentir incómoda estar sentada con él tan cerca, al igual que me sentí incómoda cuando estuvimos tan cerca buceando. No me gusta que sea tan tiquismiquis.

—No lo sé —digo con cara de pocos amigos—. ¿Dónde vamos?

—Está a unas calles de aquí, sigue recto.

—¿Y para unas calles me haces levantarme a horas inhumanas?

—No he perdido yo la apuesta... —recalca con una sonrisa complacida que me gustaría arrancar a puñetazos de su cara.

—De acuerdo —escupo ofuscada metiendo primera y arrancando rápidamente el coche del frío asfalto, brillante todavía por la humedad de la madrugada.

—¿Por qué no tienes un coche automático? ¿Y podrías bajar el volumen? —me pregunta mirando la interfaz que regula el equipo de música con cara de no entender nada, pero dirigiendo su mano inexorablemente hacia la

pantalla.

—Eso no se toca —le digo interceptando su mano cuando va a mitad de camino.

Le suelto en cuanto siento el calor y la suavidad que tiene su piel. Bajo el volumen hasta el mínimo y lo veo moverse en su asiento.

—¿Por qué se oye un ruido?

—Eso es porque he bajado la música, son ruidos típicos de los coches —y acompaño mis palabras con un giro del regulador del volumen para que la música tape el ruidillo que hace alguna pieza del motor. El caso es que funciona, sólo es un pequeño ruido molesto del que nadie se da cuenta salvo cuando se conduce en silencio.

—¿Ruidos típicos? Es la primera vez que oigo una explicación así — agrega negando con la cabeza—. Desde luego, si vamos al Bronx con esto..., pasamos desapercibidos... Gira a la derecha y en dos manzanas puedes dejarlo en el parking —me ofrece una tarjeta con el logotipo del gimnasio.

Menuda pijada, pienso para mí cerrando los ojos un momento para asimilar el mes que me espera con este tipo.

— ¿Qué te ha pasado? —pregunta Karen cuando entra en mi despacho y ve mi cara de pocos amigos.

—Nada, mejor no preguntes.

Afortunadamente Jane y Anne aparecen en tropel dando grititos y salvándome de tener que explicarle a Karen, que Ethan y yo apostamos sobre si se había tirado al jefe y que yo he perdido, por lo que tengo que ser su chofer durante un mes, entre otras cosas.

—No nos contáis nada, nos hemos enterado por Betty en la fotocopidora —dice Anne.

Karen y yo nos miramos sonrientes.

—¿Qué son esas confianzas con la dueña de todo esto? —dice Karen riéndose.

—¿Y cómo ha sido el viaje? Tenéis que contárnoslo todo.

—No ha estado mal, pero Karen cogió una gastroenteritis y al final no pudimos disfrutarlo del todo... y tuve que pasar dos días con Ethan.

—¿Habéis follado otra vez? —pregunta Jane enseñando los dientes.

—Un momento, un momento —interviene Anne—. ¿Cómo que otra vez?

—No es lo que piensas, Anne —me afano en especificar, no vaya a hacerse ideas que no son—, yo no hice nada, ni tampoco quería.

Ella me mira con la mandíbula desencajada.

—¿Ethan? No lo entiendo, si tú no querías..., entonces, ¿es que ha abusado de ti o algo así?

Karen intenta controlar una risilla.

—No, claro que no. Es que no recuerdo qué pasó exactamente, pero ese idiota no es que sea agua pasada, es que no existe, y convivir dos días con él en Panamá ha sido insoportable... si supiérais cómo tenía la habitación... la cantidad de cosas inútiles que llevaba en sus maletas, es como una abuelita... ¿Y los rituales antes de ir a dormir? Arg...

—¿Estuviste en su habitación? —pregunta Karen alzando las cejas—. ¿Y qué estás diciendo sobre rituales de dormir?

—A ver, no os hagáis ideas, nuestras habitaciones estaban comunicadas —me defiendo.

—¿Y entraste antes de que fuera a dormir? ¿O mientras?

Cuando llegamos la tarde que fuimos a bucear, él empezó a hacer ruidos y me corroía la curiosidad, entre otras cosas, como la rabia, por lo que me vi obligada a entrar.

—Está loco... no penséis mal. Estaba moviendo los muebles porque decía no sé qué mierda del feng shui.

—Yo creo que intentaba poner los muebles contra la puerta, para que no lo violaras —dice Karen aguantando la risa.

—Estás loca —afirmo sentándome tras mi mesa y mirándola alzando una ceja—. Suponiendo que me liara con él, porque Anne tal vez tenga razón y se aprovechara de mí, puesto que no lo recuerdo y no estaba en posesión de mis plenas facultades, no tengo ningún interés en él.

—¿Alguna vez estás en posesión de ellas? —pregunta Anne interrumpiéndome con una risilla.

—Y —digo alzando la voz— aclarado esto no volveré a hablar de ese tipo salvo para lo estrictamente profesional —sentencio intentando adoptar mi imagen más formal.

Ellas se ríen ante mi mirada de puro odio que les dedico.

—Está bien, no volveremos a mencionarlo, agua pasada —dice Jane acercándose también y apoyando las manos en mi mesa.

—¿Y cómo la tiene? —pregunta Anne acercándose también y apoyando las manos en el borde para inclinarse, como si fuera a hacerle una confidencia.

Yo pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza. También me hago esa pregunta, pero no lo admitiré jamás, y menos ante esa jauría.

—Diría que gasta un buen paquete: lo vimos en bañador en la piscina del hotel, y era digno de un buen repaso —asegura Karen.

Bueno, y vosotras, ¿qué habéis hecho? —digo rogando por ver si cambiamos de tema de una maldita vez.

—Jane se lió con uno el sábado, pero el de la semana pasada la volvió a llamar el domingo —resume Anne incorporándose de la mesa.

—Y ahora no sé qué hacer, creo que quedaré con los dos hasta que me decida... o hasta que encuentre otro —admite Jane haciendo un gesto con la mano bajo su mentón, como si estuviera intentando pensar sobre ello.

—¡Qué puta eres! —exclama Anne muy seria.

Justo en ese momento aparece Betty para entregarme unas carpetas que me envía Ethan.

Todas se quedan calladas hasta que la secretaria de ese idiota desaparece.

—¿Qué estaba diciendo? —pregunta Anne observandome a mí y a Karen distribuirnos las carpetas.

—Que soy puta —dice Jane mientras coge la carpeta que le entrego para fotocopiar.

—Ah sí. ¡Qué puta eres!

—¿Y qué quieres que haga?

—Nada, es que como nunca te he oído hablar así —admite riendo.

—Si tan mal me ha ido hasta ahora, a lo mejor es que tengo que ser como vosotras, o al menos disfrutar un poco, estoy harta de que me traten a mí así y estar esperando al príncipe azul.

Karen y yo nos reímos mientras seguimos organizando los documentos. Al menos ya no hablan de Ethan. Si vuelvo a oír su nombre en lo que queda de día, creo que salgo de la oficina gritando y con un ataque de ansiedad.

Una semana antes.

Karen entró en su habitación algo mareada, no sabía hasta qué punto hasta que cayó desplomada en el suelo. Se despertó con la visión de un hombre sobre ella, llamándola por su nombre.

—¿Estás bien? —preguntó William.

—¿Qué ha pasado?

—Te has desmayado, estaba la puerta abierta y te he visto sobre la alfombra.

Ella no dijo nada, se quedó callada en la cama, a donde él la había llevado.

De repente se dio cuenta de que estaba más fuerte de lo que aparentaba.



—¿Necesitas algo? ¿Quieres que llame al servicio de habitaciones? ¿Un médico?

Negó con la cabeza, sin decir nada, en cierto modo se sentía avergonzada de que su jefe la viera así. Había bebido demasiados mojitos y el calor le había jugado una mala pasada.

Él se levantó del lado de la cama y fue hasta el minibar de donde extrajo un botellín de agua. Ella agradeció con una sonrisa la atención y aceptó el agua y una pastilla para el dolor de cabeza.

—Gracias —se limitó a decir.

—Bueno, es lo que haría cualquiera por su prometida —bromeó.

Ella sonrió de nuevo antes de tragar la pastilla y dar un sorbo a la botella de agua.

—Hemos tenido el noviazgo más breve de la historia.

—Así no nos ha dado tiempo a discutir —observó él con una sonrisa.

—Ni a follar —soltó ella sin darse cuenta de lo que hacía. Pero en qué estaría pensando, se preguntó deseando que se la tragara la tierra.

Ambos se quedaron callados por un momento. Las palabras se habían quedado flotando en el aire y Karen intentó cambiar de tema sin mucho éxito.

—¿A qué hora tenemos que ir al juzgado?

—A las ocho deberíamos salir de aquí.

Karen no había pensado en aquel hombre en términos sexuales hasta ese momento, pero, tal vez por el alcohol, o por estar en un lugar tan exótico y distinto, se sentía de forma diferente.

—¿Te podría hacer una pregunta personal?

Él la miró alzando las cejas pero asintió finalmente mientras cerraba el minibar tras sacar otro botellín de agua, esta vez para él; de pronto tenía la garganta seca.

—¿Cuánto hace que te divorciaste de tu exmujer?

Bebió un trago y se dio la vuelta.

—Hace unos dieciocho años.

—Vaya, supongo que no habrás estado solo desde entonces —dijo de nuevo sin pensar. ¿Pero qué cojones le pasaba esa tarde?

—¿Me preguntas si he follado con alguien este tiempo? —inquirió boquiabierto.

Ella se quedó callada unos segundos. Sí que lo había hecho, le había preguntado exactamente eso.

—Creo que sí.

Él se acercó hasta la cama de nuevo, donde ella, vestida en bikini y con una toalla envolviéndola, le miraba atónita ante sus propias palabras.

—Hace demasiado tiempo. ¿Y tú?

—Hace demasiado tiempo —dijo con un hilo de voz cuando él alargó el brazo y rozó el interior de su muslo, que se abría a la vez que él iba deslizando su mano por el interior de éste.

—Es un poco raro todo esto —admitió Karen sin dejar de desear que siguiera tocándola.

Los ojos azules de William no se apartaban de los de ella mientras seguía acariciándola y le abría la toalla.

—Entonces, tal vez, debería parar.

Ella se desató el cuello del bikini y contestó:

—Deberías.

Él se echó sobre la cama y ella le quitó la chaqueta echándose encima y sintiendo su erección contra la tela del pantalón y de su bikini de leopardo.

Sin dejar de mirarlo también a los ojos dijo en un suspiro:

—Deberíamos.

—Y haremos como que no ha pasado nada de esto —dijo él, pero no hizo caso de sus propias palabras y la volvió a tumbar para ponerse encima arrancando la parte de abajo del bikini y haciendo saltar las hebillas de los lados de éste. Ella soltó un grito de excitación y se mordió los labios.

—Nunca pasó —se limitó a decir agarrándole del cuello para atraerlo hacia sus labios y terminar esa estúpida conversación.

Le desabrochó el cinturón y acarició su erección por encima de su ropa, pero no le bastaba con eso. Metió la mano en el interior de su pantalón y acarició una polla enorme. Vaya si se lo tenía calladito, pensó Karen suspirando. Le bajó los pantalones con sus pies y se enlazó a su cuerpo con las piernas para sentir su erección más cerca de su sexo. Él la besó y metió las manos entre sus cuerpos para acariciar su clítoris.

Ella gimió y se arqueó contra él mientras pulsaba su erección contra su sexo.

—Métela —dijo haciendo un movimiento rápido para que entrara en su interior. No dejó de besarle y de arañar sus nalgas mientras la embestía, apretándole contra ella cada vez con más ansiedad.

—Más fuerte —le ordenó, y él obedeció.

Cuando se corrió le clavó las uñas en sus nalgas mientras se convulsionaba y lo acercaba a ella. Él se corrió unos segundos después tras

oír la explosión de placer en ella.

Ambos acabaron por separarse lo justo para quedar exhaustos en la cama, mirando el techo en un silencio momentáneo.

—Guau —dijo Karen al fin, alzando las cejas y lamiéndose los labios para sentir de nuevo el sabor de William.

—Lo mismo digo.

Ella giró la cabeza hacia él y rió.

—Ha sido una pasada.

—No sé qué es una pasada, pero gracias.

Ella volvió a reír.

—¿Crees que podrías repetirlo? —preguntó ella volviendo a girarse hacia él sin saber si tocar su polla de nuevo.

—¿Ahora?

Ella asintió con la cabeza y con los ojos muy abiertos.

—Si lo hacemos con más calma, sí.

Karen sonrió mordiéndose los labios y observando directamente su miembro.

—Si se supiera en la oficina lo que tienes ahí...

Él la miró boquiabierto alzando las cejas.

—¿Cómo?

—Nada, olvídalo —suspiró con una sonrisa y acercando la boca a su miembro, para volver a envolverlo y seguir jugando con él.

Cuando estuvo tan duro como antes, él le dio la vuelta y la sostuvo bocabajo, le separó las piernas y fue él quien jugó con su sexo, utilizando sus dedos, su lengua y finalmente embistiéndola de nuevo mientras seguía acariciándole el clítoris.

—Quiero besarte también —rogó dándose la vuelta y poniéndose sobre él.

Se dejó caer sobre su erección sentándose despacio mientras entraba en ella. Comenzó a moverse lentamente, sintiendo la fricción en toda la extensión de su miembro. Él la dejó hacer a su manera hasta que no pudo más y utilizó la fuerza de su cuerpo para penetrarla hasta el fondo con rápidas embestidas.

Con cada nueva presión en su interior ella dejaba salir un gemido de placer. Ese hombre no tenía límite. La embestía una y otra vez sin correrse. Ella se corrió dos veces seguidas y él seguía duro sin dejar de moverse bajo su cuerpo, sin dejar de enredar su lengua con la de ella. Sus gemidos se

mezclaban en las bocas con los gruñidos de él.

—Voy a exigir los derechos conyugales muy a menudo —exhaló ella entre suspiros.

Él comenzó a darle más fuerte hasta correrse en su interior. No le dio tiempo a sacarla antes. Nunca había cometido un error así, o no lo recordaba. En qué estaría pensando, se preguntó él, o en qué no estaría pensando, mejor dicho.

## Capítulo 9.

Cuando llega Anne a la cafetería después del trabajo hace un barrido de todo el local mientras se acerca a nosotras.

—Parece terminator —dice Jane boquiabierta.

Yo río y asiento con la cabeza.

—Hace más de una semana que no huele un tío —reconozco riendo.

—Debe tener la mano arrugada —calcula Jane, y Anne llega justo en ese momento a nuestra mesa.

—Capulla... Y sí, estoy harta de mi mano. Como no encuentre a alguien esta noche... —dice Anne sentándose junto a Jane.

Jane y Anne son tan distintas, y sin embargo son las mejores amigas que podrían encontrarse.

—¿Y tú qué? ¿Has follado con Ethan otra vez?

—No me hables de él, ahí está en la barra con los otros machos alfa de la oficina. Llevo una semana de puta pena haciendo de chofer para el señorito.

—Un momento. ¿Qué es eso de que eres su chófer?

—Perdí una apuesta, pero ahora mismo prefiero no hablar de ello.

—Como quieras. ¿Sabes dónde está Karen?

—Hoy no venía, tenía una cita.

—¿Una cita? ¿Karen? —pregunta Anne.

—Una cita, es lo único que me ha dicho.

—Ella no tiene citas. Cuando desaparece como lo está haciendo últimamente es porque ha encontrado una buena polla y no la quiere soltar.

Yo niego con la cabeza riendo.

—¡Qué bestia eres!

—Sólo espero que no se encapriche demasiado. Cuando se engancha se obsesiona.

—¿Quién será el afortunado? ¿Sabéis algo?

—A mí no me ha dicho nada. ¿Y a ti, Jane?

Niega con la cabeza dando un sorbo con la pajita de su batido de frutas rojas.

—Bueno, ¿veis algo interesante? Que vosotras lleváis más tiempo aquí.

—Mucho tío bueno —digo con un suspiro de decepción—, pero ya sabes, la última vez que estuve con un chulito de estos... no saben hacer nada y no se dejan ni enseñar ni explicar. Necesito a uno joven, con cara de bueno, vamos, de dejarse manejar —digo quejándome con desgana.

—Localizo a uno en la barra. ¿Dónde he puesto mis gafas? —pregunta

buscando en su bolsito.

—¿No llevas lentillas?

—Calla, voy para allá —suelta levantándose del banco de madera y dejando a Jane boquiabierta.

—Tómalo con calma —dice Jane entre risas.

—Eso, no le presentes el contrato de cincuenta sombras todavía —digo yo riendo.

Ella se gira y nos lanza una mirada de indignación mientras niega con la cabeza.

—Soy más sutil de lo que creéis.

Ambas nos echamos a reír.

—Firma aquí, aquí y aquí... —dice Jane fingiendo que me presenta el dichoso contrato. Y yo le sigo el juego mientras Anne nos echa una última mirada y nos saca la lengua.

—Suerte Christian —le deseo levantando mi cerveza.

Cuando la veo marcharse Jane me mira despegando los ojos de Anne.

—Creo que el tío con el que está Karen es alguien de la oficina.

—¿Alguien de la oficina? —repito pensativa—. ¿Por qué? ¿La has visto?

Ella asiente con la cabeza dando un sorbo más de su batido.

—Sí, bueno, no. Es decir, la vi salir del baño de minusválidos súper nerviosa y toda despeinada.

—¿Y no viste a alguien más? ¿Con quién estaba?

—No me quedé a esperar.

Yo la miro visiblemente contrariada.

—No puedes ser tan pasota. Yo habría montado guardia hasta ver quién era.

—Me daba vergüenza —se justifica.

Resoplo negando con la cabeza cuando Ethan se acerca dejando a sus amigotes pijos, que no soporto, en la barra.

Se inclina a mi lado y me susurra:

—Llévame a casa —me pide con desgana—. Tengo sueño y hambre.

—No creo que pueda aguantar tus memeces más de dos días —le aseguro cogiendo mi bolso y mi maletín—. Y seguro que mañana me harás madrugar de nuevo.

—Tienes que pasar por un restaurante a por comida para llevar —me dice cuando estoy despidiéndome de Jane, dejándole un beso en la mejilla.

—¿A estas horas? ¿Es que no tienes comida en casa?

—Algo habrá, pero no me voy a poner a cocinar ahora...

Asiento con la cabeza y me mantengo en silencio hasta que llegamos al coche, en el parking de la oficina.

Intento calmarme, pero llego al límite cuando me dice que le lleve a un restaurante a media hora de donde estamos.

—Hay una hamburguesería en la esquina, no pienso ir hasta donde te de la gana, y me muero de sueño. Además, seguro que mañana me harás madrugar de nuevo —me quejo como una niña a la que le obligan a ir al colegio.

—No comería jamás una hamburguesa de un sitio así —me dice señalando la hamburguesería y haciendo una mueca de asco.

—Eres idiota.

—Yo ahí ni entro, y tengo hambre.

—Está bien, vayamos a tu casa, ya haré algo de cenar yo misma.

Él no dice nada y deja que yo lleve el coche conduciendo como una loca, un poco por el cabreo y un poco porque sé que le molesta que vaya tan rápido. Sin embargo la única muestra de su desacuerdo con mi forma de conducir es que va agarrado a la puerta del coche como si le fuera la vida en ello.

Subimos a su casa sin hablarnos, vive en el último piso de un edificio de lujo donde sólo hay dos pisos por planta y la recepción con un conserje uniformado ya da una idea de cómo será todo lo demás...

—No podría haber imaginado algo distinto —digo cuando abre la puerta y veo el estilo minimalista y un poco espartano que reina en su apartamento. Es todo blanco y negro en un salón que brilla por lo limpio que está, no hay apenas decoración, sólo un sofá blanco enorme y un televisor de unas sesenta pulgadas. El equipo de sonido no se queda atrás y la alfombra que parece la piel de una cebra tampoco. La cocina, abierta al salón aunque un poco alejada a un lado, parece que no se haya usado nunca. Todo reluce y parece nuevo. Niego con la cabeza, aunque en el fondo no está tan mal, y me dirijo a la nevera, dejando el bolso encima de la pequeña isla de la cocina. Él me sigue corriendo y recoge el bolso y la chaqueta que dejo después, y luego mis zapatos que me quito sin siquiera agacharme, tirándolos uno detrás del otro con un movimiento de pies.

—¿Qué haces? —pregunta con todas mis cosas encima.

—¿Ponerme cómoda?

—El suelo es de madera natural, si haces eso con los zapatos... ¡No! —

grita acercándose corriendo cuando empiezo a darle a los botones de la cocina.

—¿Cómo se enciende esto?

—Lo vas a estropear todo. No debí hacerte caso —se queja.

—Siempre estás demasiado nervioso, Ethan. Ven —digo cogiéndole de ambas manos, y llevándole como a un niño pequeño hasta el sofá.

Él me mira incrédulo pero se deja llevar, y hasta se sienta cuando lo empujo con ambas manos sobre los hombros.

—Quédate ahí sentadito y no te muevas.

Vuelvo a la cocina y empiezo a rebuscar por todas partes sin dejar de ser observada por Ethan, que como la niña del exorcista tiene la cabeza girada hacia mí.

—No sé qué voy a hacer, la verdad es que no sé cocinar muy bien —admito riendo un poco nerviosa—. ¿Esto está bueno? Pone sabor a chocolate —pregunto sacando un bote enorme, como los que salen en esos anuncios con tíos súper musculosos.

—Eso es un bote de proteínas. Sabor a chocolate es un eufemismo: en el mundo del fitness, chocolate es sinónimo de mierda.

—¿Y por qué lo tomas? —pregunto dejando el bote en su sitio y mirándolo ahora con otros ojos.

—¿Siempre haces así las cosas? Actúas y luego lo piensas. Déjalo, llamaré a un restaurante y que nos traigan la cena.

Yo le sonrío pero a la vez mis ojos no muestran ninguna alegría, sino un odio bastante profundo. Me está tratando toda la semana como a una esclava, un buen tío habría anulado esta estúpida deuda. Y no me tendría aquí aguantando sus estupideces.

—Ojalá no hubiera apostado nada —digo en un susurro mientras él llama al restaurante y me lanza una sonrisa de pura maldad.

Yo pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza.

—¿Te gusta la comida italiana? —me pregunta cuando se pone el auricular del teléfono en la oreja después de marcar.

Asiento con la cabeza y me tiro al sofá de un salto, poniéndome cómoda mientras llama.

Habla por teléfono y rodea el sofá para coger la chaqueta que he dejado en el suelo, echándome una mirada de desaprobación al agacharse. Cuando cuelga desaparece del salón por el pasillo a la derecha de la cocina. Niego con la cabeza y decido encender el televisor, así no tendré que oír las quejas



que va diciendo mientras se aleja por el pasillo.

Anne no tuvo demasiada suerte intentando seducir al hombre que no veía del todo bien por haberse dejado las gafas en la oficina. Decidió volver a por ellas o la noche todavía empeoraría más, si es que eso era posible.

En la puerta del edificio sólo quedaba el guardia de seguridad, la recepcionista ya se había ido. Normal, a esas horas.

—Gracias Geremy —dijo intentando enfocar la vista en él cuando le abrió la puerta—, me he dejado las gafas en el despacho. Salgo enseguida.

—Tengo que acompañarla —dijo él bajando la cabeza cuando ella levantó una ceja incrédula.

—Las cojo y vuelvo enseguida. No hace falta... —pero él la seguía con el manojo de llaves en la mano y asegurando la radio en el cinturón del uniforme.

Anne no sabía qué decir mientras esperaban el ascensor, ni mientras estaban dentro. Otras veces había entrado en la oficina fuera del horario y el otro guardia jamás le dijo que tenía que acompañarla. Se preguntó si habría pasado algo y por eso habían aumentado las medidas de seguridad.

O tal vez al ser más joven, Geremy se tomaba más en serio las normas.

Cuando al fin llegaron a la planta donde estaban los despachos de los directivos, Anne creyó oír un ruido y miró a Geremy instintivamente. La luz estaba apagada, sólo las de emergencia iluminaban esa planta.

—No se preocupe señora. Yo me encargo, quédese detrás de mí.

Anne se quedó paralizada un segundo, cuando su cerebro procesó la información.

—¿Señora? —repitió, nadie la llamaba señora, tampoco era tan mayor, pensó. Aunque las otras compañeras rondaban los treinta años, ya que era una empresa que apostaba por los nuevos talentos, ella tampoco pasaba de los cuarenta, bueno, tal vez algún año más o menos. En realidad más que menos.

Geremy se dio la vuelta nervioso.

—No... Yo no... —balbució, pero no pudo contestarle porque volvieron a oír un ruido proveniente del fondo, tal vez la sala de reuniones. Ambos giraron la cabeza en esa dirección.

—¿Serán ladrones? —preguntó Anne ahora asustada— Puede que vayan armados. Geremy, tal vez deberíamos llamar a que vengan refuerzos —dijo Anne agarrándole del brazo para que no siguiera adelante.

Geremy se volvió a mirarla y estuvo a punto de reír, pero se controló.

—¿Refuerzos?

—¿Para qué tienes la radio?

—Primero habrá que ver qué ocurre —dijo él sonriéndole.

Anne frunció el ceño.

—¿Queda alguien en la oficina?

—No me ha dicho nada John, pero a veces se le pasan algunas cosas —  
admitió.

Anne le agarró de nuevo el brazo.

—¿Qué ocurre ahora?

—No quiero quedarme sola.

—Pues quédese detrás, nos acercaremos sin hacer ruido.

—De acuerdo, pero deja de hablarme de usted.

—Eso no creo que pueda hacerlo —dijo él continuando hacia delante  
sacando la linterna y dejándolo a Anne boquiabierta.

¿Por qué no podía dejar de hablarle como a una “señora”? Negó con la  
cabeza y le siguió. Cuando alcanzaron la sala de reuniones él pegó la oreja a  
la puerta y estiró el brazo hacia Anne para que no siguiera avanzando. Ella  
también quería escuchar a pesar del miedo e hizo lo mismo que él mientras lo  
miraba a los ojos.

De pronto ambos abrieron los ojos todavía más en la oscuridad y se  
quedaron paralizados unos segundos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Anne en un susurro.

—Vámonos de aquí sin hacer ruido —le contestó acercándose a su oreja.

## Capítulo 10.

Cuando despierto a las seis de la mañana en el sofá de Ethan, sufro una pequeña taquicardia. ¿Acaso es posible que me haya vuelto a pasar? No recuerdo haber bebido. Y él no está aquí. Me levanto apartando una manta y afortunadamente sigo vestida, la misma ropa de anoche. Todo está en su sitio. Respiro aliviada cuando oigo un pitido proveniente de la cocina. No sé qué pasa, ni como arreglarlo, pero me acerco a la cafetera. Cuando voy a apretar algún botón que creo que es el que podría parar eso Ethan aparece corriendo desde el pasillo.

—Lleva cuidado con lo que haces —me advierte cogiendo mi mano, y se detiene un poco más de lo necesario en sujetarla mientras con la otra aprieta el botón para que salga el café.

—Lleva tú cuidado —pero no estiro mi mano para que me suelte, sino que dejo que siga acariciándola como si no me diera cuenta de lo que hace. No sé por qué lo hago, pero es tan suave su caricia. Pensándolo bien, si fuera otro el que me acariciara seguramente me gustaría igual, así que mi orgullo está a salvo, me digo convencida.

—Viendo cómo conduces te he hecho uno bastante flojo —dice con una sonrisa.

Yo le miro levantando una ceja.

—En el servicio médico de la empresa me dijeron que tengo reflejos de profesional —me defiende, sin soltar su mano. Seguramente no se fie de mí y por eso no me suelta. O tal vez, le parezca igual de agradable que a mí su contacto.

—¿Profesional de qué? —pregunta riendo.

—Muy gracioso... Pues podría dedicarme a conducir en rallyes, y hasta podría ganar alguno si me lo propusiera.

—Imagino que serías de las que se llevan a los espectadores por delante. Pero estoy de acuerdo contigo, podrías ganar, sí, no quedaría ningún rival vivo para poder adelantarte...

—Habría que verte a ti conduciendo... como una abuelita, seguro.

—No me gusta conducir —dice soltándome al fin la mano. Me ofrece el café y lo miro sin mucho ánimo.

—Sigo teniendo sueño, necesito algo fuerte para aguantarte —digo tomando un sorbo. Está buenísimo, pero no lo admitiré ante él. Así que pongo cara de que no es para tanto. Estoy acostumbrada a cafés bien cargados de cafeterías de mala muerte que encuentro cerca de mi casa o el

veneno de la máquina de la oficina, aparte del café que tomo en casa, que suele ser el más barato que encuentro.

Él me mira con una sonrisa de autosuficiencia que detesto.

Es tan idiota.

Estoy sentada en uno de los taburetes de la pequeña isla de la cocina mientras le observo hacerse un batido de proteínas. Niego con la cabeza mientras sigo saboreando el delicioso café.

—Y ahora te tengo que llevar al gimnasio...

—Por supuesto. Si quieres entrar... puedo llevar a un invitado durante una semana por ser socio premium.

—¿Y qué haría allí? Me parece que no.

—Tú te lo pierdes.

No sé cómo he aceptado acompañarle, encima como no tenía ropa para ir al gimnasio me siento en deuda porque ha comprado en la tienda que hay en la recepción todo el equipo completo, zapatillas, leggings y un top muy deportivo que me hace sentirme un poco expuesta. Una cosa es salir por la noche e ir medio en pelotas, y otra es a la luz del día. Aunque siendo estrictos, no es de día, porque dudo que a las siete de la mañana se pueda considerar así.

—¿Y qué tengo que hacer? Nunca he venido a un gimnasio. Una vez hice aeróbic con una amiga y no entendía nada. Decía a la derecha y yo iba a la izquierda y no sabía ni poner los pies.

—Entiendo que la coordinación no es lo tuyo.

Yo le sonrío sacando los dientes en una expresión que quiere mandarle a la mierda.

—Sígueme —me dice sin darme tiempo a pensarlo, porque ya va encaminado hacia la sala de musculación.

Se para delante de una máquina y me dice que me acueste bocabajo, mientras yo lo miro con incredulidad.

—Vamos, ¿es que quieres que se te caiga el culo?

—¿Cómo?

—Sube y calla.

Yo le obedezco ofuscada. Y él me coloca las piernas bajo una barra.

—Tienes que subir las piernas hacia atrás.

Cuando hago el movimiento tal como me pide, él dice que no lo hago bien. Entonces siento sus manos en mi trasero y lo aprieta contra la máquina, a lo que yo exhalo un sonido ininteligible.

—Si no aprietas el culo no sirve.

¿En qué momento me dejé convencer para acompañarle? Sólo deseo que termine este mes y acabar de ser su chófer.

Me obliga a hacer algunas series con distintas máquinas mientras me mete mano a cada momento con la excusa de que no hago bien los movimientos. A cada caricia yo intento mantenerme inalterable, pero no hago más que preguntarme cómo fue lo que pasó entre nosotros y de lo que no me acuerdo en absoluto. Aunque estuviera borracha, si no me hubiera gustado lo que hacía, no lo habría hecho, de eso estoy segura.

Me deja haciendo bicicleta durante 15 minutos y yo lo observo en la zona de peso libre cogiendo unas mancuernas que desde donde estoy no sé qué peso tendrán, pero son negras y muy grandes. No puedo apartar la vista de él. Es bastante impresionante verle así, cogiendo tanto peso y marcándose sus músculos más de lo que ya se marcan sin hacer nada. Hay que admitir que está como quiere, pero si no fuera tan pijo y tan idiota... Y si no me obligara a cumplir con la apuesta que perdí... Odio madrugar.

Anne está muy rara desde que llegamos a la oficina. No sé por qué pero no quiere soltar prenda. La he visto en el vestíbulo, cerca de los ascensores hablando con el de seguridad, que acaba su turno a las siete, pero por alguna razón seguía allí pasada la hora. Luego no ha venido a hablar con nosotras, como hace siempre al tomar el café a primera hora de la mañana. Más tarde he entrado en su despacho con Jane y no ha querido hablar con nosotras, sólo asentía y se reía de nuestras conversaciones chorra.

—Jane, ven a mi despacho, guapa —le pido marcando su extensión en el teléfono de la mesa.

—¿Sabes dónde está Karen? —pregunto justo cuando cierra la puerta de mi despacho.

—Creo que estaba con gastroenteritis otra vez.

Yo levanto las cejas y omito mi opinión. Ya la llamaré más tarde para preguntar qué le pasa, suena a excusa.

—¿Y qué le pasa a Anne? ¿No te has dado cuenta de que está un poco ausente?

—Sí, ayer le salió mal el plan con el tío de la barra. No sé si eso le habrá afectado.

—¿Anne afectada por un ligue fallido? No sé, no creo que sea tan sensible. Siempre parece controlar bastante, a veces diría que pasa demasiado de todo.

—La he visto esta mañana coqueteando con ese chico de seguridad, el nuevo. No sé si se le ha ido la pinza tanto como para liarse con él.

—Yo también la he visto... Vamos a interrogarla —digo con una sonrisa maliciosa, y Jane asiente riéndose.

Ambas salimos intentando parecer unas mujeres profesionales y discretas, pero nos está costando la vida no reír mientras pasamos por el pasillo y vemos a Ethan que está en su despacho con la puerta abierta mirándonos inquisitivamente. Yo lo miro por encima del hombro y aparento una solemnidad que no sé si tuve alguna vez. Lo veo negar con la cabeza, sabe perfectamente que vamos de cotilleo, pero me da bastante igual.

—Anne, preciosa, ya nos hemos enterado de tu historia —digo abriendo la puerta de su despacho sin llamar.

—¿Qué historia? —hace como que no sabe nada.

—Tu historia con ese jovencito... —dice Jane intentando aguantar la risa.

—¿Cómo? —sigue haciéndose la dura bajando sus gafas para mirarnos por encima de ellas, pero también me fijo en que ha cerrado una pestaña de su ordenador.

—Te has liado con el nuevo guardia y no nos has dicho nada —le reprocho.

—No me he liado con él —niega rápidamente.

—¿Y lo vas a hacer?

—No os tengo que dar explicaciones —dice levantándose de su silla y rodeando la mesa—. Pero si quisiera follármelo lo haría.

—Yo no lo haría —dice Jane—. Es un poco... no sé, es el tío nuevo de seguridad, no te lo folles. Ni siquiera está bueno, puedes encontrar algo mejor seguro.

—No lo iba a hacer, ¿pero qué os pasa a vosotras hoy? ¿Por qué venís preguntándome por él?

—Te hemos visto hablando con él, y veníamos a cotillear.

—Estáis muy aburridas vosotras dos... Por cierto, ¿dónde está la otra?

—Karen está con gastroenteritis.

Anne levanta una ceja demostrando su incredulidad ante mi respuesta. Yo tampoco lo creo.

—Necesito otro café —dice Anne empujándonos para que salgamos de su despacho—. Y no estoy tan desesperada como para liarme con ese chico.

Ethan vuelve a mirarnos cuando volvemos ahora con una más y tres cafés hacia mi despacho.

Jane nos mira y me pregunta con una sonrisa cuando abro la puerta de mi despacho:

—¿Dormiste con él?

Jane sigue en mi apartamento y sabe que me fui con él y que no volví anoche. También han visto todos cómo hemos entrado juntos al edificio. A alguien que no sepa lo de la maldita apuesta debe parecerle que estamos liados o alguna estupidez similar.

—No, como sabéis perdí una apuesta y ahora soy su chófer, entonces anoche quería que lo llevara a un restaurante y dije que ni de coña, que yo lo llevaba a su casa, y al final me quedé dormida allí. En el sofá —especifico para que no haya dudas—. De todas formas si tenía que levantarme a las seis, al menos estando ya en su casa no he tenido que madrugar más.

Las dos callan como si no se creyeran realmente lo que digo. Pero no les daré más explicaciones. Me siento en el pequeño sofá que hay a un lado del despacho y dejo el café en la mesita minimalista que me recuerda a la decoración de Ethan. Las otras dos se sientan también con un suspiro.

—¿Salimos mañana? —pregunto hastiada de pasar toda la semana en estado de semiesclavitud.

—No sé si podré salir —dice Jane en un tono bajito.

Anne y yo nos volvemos hacia ella que está sentada entre las dos y parece hundirse cada vez más en el medio del sofá.

—¿Le has contestado? —pregunta Anne con cara de pocos amigos.

—¿A quién? —pregunto ahora yo, que no me entero de nada.

—La llamó su ex —aclara Anne sin dejar de mirar fijamente a Jane.

—Ah no no... —digo negando—. Nunca me meto en estas cosas pero ya está bien. Ese no se acerca a ti. Mañana salimos. Aunque tenga que llevarme a Ethan a cuestras.

Antes de que le de tiempo a contestar aparece Ethan en mi despacho.

—¿Es que no trabajáis nunca? ¿Y dónde me vas a llevar a cuestras?

Yo alzo la cabeza y pongo los ojos en blanco.

Anne se ríe sin disimular absolutamente nada.

—Podríamos ir de excursión los cuatro a casa de su ex —dice señalando a Jane—, y le destrozamos la play y la tele —dice riendo.

—¿Estáis locas?

—Ethan —digo levantándome y dejando la taza en la mesa. Me acerco a él y pongo mi mano en su espalda para empujarlo ligeramente hacia la puerta—. Son cosas de mujeres. Vuelve a tu mundo de hombres o nunca serás el

mismo —digo al final sin poder contener la risa. Las otras dos se ríen también y él me dedica una mirada de odio.

Él está a punto de irse cuando se da cuenta de que tenía que decirme algo.

—Espera, aquí algunos sí trabajamos —me suelta junto con una carpeta que lleva en la mano que yo cojo de un manotazo. Sale del despacho y las otras dos me miran riéndose.

—Lo tienes en el bote —asegura Anne.

—¿Qué bote? Es insoportable.

—Pues te mira de una forma. Y siempre que pasas por delante de su despacho te pega un repaso al culo...

—Todo ha sido un cúmulo de confusiones. No nos gustamos, ni nos soportamos... —digo negando con la cabeza.

—Lo que tu digas.

Frunzo el ceño ante la incredulidad de esas dos. ¿Acaso no ven que es idiota y no lo aguanto? ¿Cuántas veces tendré que repetirlo? Encima me tiene harta con la maldita apuesta. Apenas duermo y me tiene esclavizada llevándole de un lado a otro de la ciudad. Reconozco que está buenísimo y que cada vez que lo veo ligero de ropa se me desencaja la mandíbula, pero eso no significa que pudiera llegar a tolerar su sola presencia. También reconozco que cada vez que lo veo me pregunto cómo fue lo que pasó aquel sábado, y que me pregunto cómo la tiene o cómo besa. Pero todo eso son estupideces que se pasan por mi mente traicionera a la que no debo hacer caso. Al fin y al cabo soy una persona práctica, ¿no?

—Mañana salimos, además lo necesito —dice Anne con un suspiro.

—Y yo... —repite Jane.

—Yo más —aseguro.

Llevo toda la tarde enviando mensajes a Karen y no me responde, incluso la he llamado. Todas sabemos qué pasa, o lo imaginamos. Ha conocido a un tío que la está volviendo del revés. Pero podría contestar, me quejo ante mí misma. Jane está en el sofá ajena a todo leyendo una de esas novelas románticas que tanto le gustan. Es capaz de leer una de esas en una tarde. Yo estoy comiendo chuches en el sofá mientras veo la televisión y leo las noticias en las redes sociales, cuando un mensaje suena en el teléfono. Es Ethan que, cómo no, quiere que le lleve esta noche a un club de esos a los que sólo van los pijos y gente vip. No lo soporto.

“No cuentes conmigo” le respondo.

“Perdiste la apuesta y tienes que obedecerme” me contesta.



“Es sábado”

“En mi casa a las ocho”

Está loco si cree que iré.

Ahora no sólo soy la chófer oficial de Ethan, sino que llevo atrás a Jane y Anne.

—De Karen no sabemos nada —afirma, no pregunta, Anne.

—Nada —confirmo mirándola por el retrovisor.

—¿Qué le pasa a Karen? —pregunta Ethan ahora.

—No sabemos nada de ella desde el jueves.

Él me mira preocupado...

—Debería saberlo mi padre, al fin y al cabo más de la mitad de las acciones están a su nombre. Voy a llamarle.

Ethan saca su móvil de última generación, si es que hasta para eso tenía que tener lo más caro. No ya en tecnología, sino que además en diseño... Pongo los ojos en blanco cuando lo veo marcar y me devuelve una mirada inquisitiva, como si no entendiera mi gesto.

Al cabo de un minuto decide colgar.

—No me lo coge.

—¿William no te coge el teléfono...? Prueba con mi móvil —le ofrezco mientras rebusco en el bolso, que tengo en el hueco de la puerta, soltando unos segundos el volante, que sujeto levantando el muslo.

—Nos vas a matar a todos —se queja Ethan pasando el brazo por encima de mis muslos para coger el bolso. Su cabeza queda demasiado cerca de mi cuerpo, al igual que su brazo. Por no decir de su mano que apoya en mi muslo. El coche se me descontrola un segundo ante su contacto y cae de bruces en mi regazo. Por poco se me escapa un suspiro al sentirle tan cerca, pero recupero la calma y sigo conduciendo como si nada hubiera pasado.

Miro por el retrovisor a Jane y Anne y les dirijo una advertencia a través de él para que estén calladitas. Lo último que necesito son sus risitas incontroladas. Ethan rebusca en el bolso mientras intenta aparentar que no pasó nada.

—No tienes patrón de desbloqueo.

—¿Para qué?

—Por si te lo roban o intentan averiguar cosas sobre ti.

—¿Quién me va a robar? ¿Y para qué querrían saber cosas sobre mí? —digo riendo.

Él niega con la cabeza y lo veo buscar en la agenda el número de

William. Espera otro minuto y cuelga.

—Tampoco lo coge. Ni el móvil ni el fijo.

—Estoy preocupada, no es normal nada de esto.

—Vamos a casa de Karen y luego a la de mi padre.

Anne, Jane y yo vamos vestidas como para ir a un prostíbulo y ejercer la profesión. Una cosa es ir así de noche, y otra es ir así por la tarde cuando todavía hay luz. No teníamos pensado bajar del coche hasta que anocheciera, pero como hemos tenido que recoger a Ethan para llevarle a su club, pues nos ha pillado todo un poco pronto.

Me dirijo al apartamento de Karen, que no está tan lejos como la mansión en la que vive William, a las afueras. Estoy nerviosa desde que Ethan me ha rozado y ha hundido su nariz entre mis piernas. Y los nervios se traducen en una conducción algo acelerada, aunque eso podría ser un eufemismo, porque la velocidad es proporcional a la fuerza de agarre al vehículo de los ocupantes del mismo. Anne y Jane van agarradas a las puertas. Y Ethan... parece realmente asustado. Pero verle así me incita a correr más. Voy esquivando a los otros coches por las grandes avenidas de Manhattan hasta llegar al tunel de Brooklyn.

—Me recuerdas a Vin Diesel en *The fast and the furious* —señala Jane con una risilla nerviosa.

—A mí me recuerda a Jack Nicolson en *El resplandor* —dice Ethan.

—Muy graciosos todos.

—No tenemos prisa... —dice Anne bajando un tono la voz.

—Oigo un ruido, puede que del motor —dice Jane.

—Eso es porque está la radio muy baja.

Alargo la mano y la dirijo inexorablemente a la interfaz del equipo de música con la férrea intención de subir el volumen. Sin embargo, Ethan me intercepta a mitad de camino y sujeta mi mano. Siento el calor de su piel y lo suave que es.

—Por favor, no podría soportarlo —me ruega Ethan. Me apiado de él y consiento.

—Está bien, ya casi hemos llegado.

—No me extraña, ¿a cuánto íbamos? —pregunta Jane.

—Sois imposibles —me quejo exhalando un soplo.

Al fin llegamos y aparco cerca del edificio de ladrillos rojos donde vive Karen. No es que esté lejos de mi casa, pero como he tenido que ir a por Ethan, que vive en el centro de Manhattan, pues he dado una vuelta turística

por la ciudad que envidiaría cualquier guía.

—Un día te multarán —dice Ethan.

—Por intrusismo laboral como guía turístico. Vaya vueltas me he pegado.

Anne y Jane ya han bajado y él me dedica una mirada extraña antes de bajar. Yo frunzo el ceño inquisitivamente, pero él niega y baja también.

Cuando llegamos al portal y tocamos el timbre nadie nos abre. Yo propongo irnos y aclararlo todo el lunes. Ya que seguramente venga a trabajar. Karen no es tan irresponsable.

—No he venido hasta aquí, soportando lo que he vivido en ese coche, para irme sin más.

Yo lo miro ofendida abriendo la boca para protestar cuando él se da la vuelta y se mete por el callejón que hay a la izquierda del edificio.

—¿Qué hace? —pregunta Jane.

—Ha perdido la cabeza, lo has vuelto loco Julia —sentencia Anne con solemnidad.

—Ese estaba ya loco, yo no tengo nada que ver —digo antes de decidir seguirle.

Ellas me siguen a mí y encontramos a Ethan en la escalera de incendios. Es tan alto que de un salto ha llegado hasta la escalera móvil y la ha bajado.

—¿Qué hacemos? —pregunta Jane.

—Yo no me quedo en esta esquina vestida así... —digo aún sabiendo que el que mire hacía arriba se pondrá malísimo con nosotras tres.

—Después de ésta me entran ganas de ir al apartamento del ex de Jane a cumplir las amenazas —dice Anne riendo mientras intenta subir con los taconazos que lleva.

—Ethan ya está arriba y me mira de una forma muy rara cuando levanto la cabeza para ver cuánto nos queda. Alarga la mano y me atrapa al final cogiéndome de la cintura con sus grandes manos. Se me engancha el tacón en el suelo metálico y él me aprieta contra sus pectorales. Creo que he gemido. Sí, lo he hecho y noto que él lo ha oído también porque su cuerpo se tensa y me mira los labios.

—Ayúdame —grita Anne.

Ethan me deja a un lado y se afana por rescatar a las otras dos.

Lo miro mientras lo hace y me recuerda a un bombero cachas que vi en la televisión... Pero mejor pienso en otra cosa.

—Es el que hace esquina —digo cuando estamos todos arriba.

Cuando nos asomamos por la ventana la boca de los cuatro se abre

desencajándose nuestras mandíbulas.

—La madre que la parió —dice Anne. La única con la capacidad de hablar—. Era ella.

Todos nos giramos hacia Anne esperando una explicación.

—Anoche cuando volví a por mis gafas oímos a alguien con William en la sala de reuniones.

—¿Por qué no dijiste nada? —pregunto dándome cuenta de que he ganado la apuesta.

—Es el jefe, lo pillamos el de seguridad y yo, no era cuestión de proclamarlo por la oficina.

—Pero esto significa que he ganado la apuesta. Podría haberme ahorrado una semana de sufrimiento junto a Ethan —me quejo al borde de las lágrimas.

—¿Habíais apostado que Karen se follaba al jefe? —pregunta Jane riéndose.

Al fin Karen se gira hacia la ventana y se queda blanca. Rápidamente busca una bata y se envuelve con ella para acercarse corriendo a la ventana, no sin antes echarle una sábana encima a William, que está atado en la cama.

—¿Qué cojones hacéis aquí? —nos espeta.

Vamos entrando uno a uno por la ventana y William niega con la cabeza.

—Karen por Dios desátame —grita William.

—¡Papá! —exclama Ethan—. ¿Cómo habéis podido?

—Es que tiene unas manos y una p...

—No lo digas —interrumpe Ethan la explicación de Karen echándose las manos a la cabeza.

—Dejemos que lo desate, por lo que más queráis —pide Anne aguantando la risa.

—Esperad en el salón —ruega Karen, dándose cuenta de la expresión de enfado de William.

Cuando salen Karen y William vestidos al fin y con un expresión que ronda entre la vergüenza y la cólera, los cuatro estamos en silencio sentados en el sofá para tres del salón de Karen.

—Papá... —se limita a decir Ethan.

—¿Por qué habéis entrado por la ventana? —pregunta Karen confusa.

—Os hemos estado llamando. No sabíamos nada de ti y estábamos preocupados, luego íbamos a ir a ver a William, que tampoco contestaba —le explico.

—Me dejé el móvil en su casa. Hemos venido porque quería que probara los juguetes que tengo en casa —explica ahora Karen con su habitual sinceridad—. Y aquí tengo las cuerdas de velcro... ya sabes.

—Es demasiado para mí —vuelve a interrumpirla Ethan.

—No hace falta que lo cuentes todo, Karen —le recrimina William que parece que se ha sonrojado.

Anne a duras penas contiene la risa. Me giro hacia ella y la veo sufrir, aguantándose. Y lo peor de todo es que yo también estoy haciendo grandes esfuerzos por no reír. Dejo de mirarla para no acabar estallando en una carcajada.

—Ahora que sabemos que están bien deberíamos irnos —acuerdo a decir con la mayor seriedad de la que soy capaz, dadas las circunstancias.

—Claro, dejemos que sigan con lo que hacían —aconseja Anne entre risas apenas contenidas. Creo que está a punto de llorar.

Jane sigue en estado de shock, no todos los días ve una a su jefe atado a una cama por la loca de Karen.

Ethan parece reacio a irse, creo que quiere una explicación, pero no puede haber ninguna, simplemente ha ocurrido, y por cómo se miran, seguirá ocurriendo. Yo le agarro del brazo y tiro de él para llevármelo de allí.

—Ya hablaremos —le dice antes de que pueda con él, porque sin su voluntad para moverse, no habría podido moverle, con mi poco más de metro y medio de altura.

Cuando estamos en el coche conduzco sin saber muy bien a dónde voy. Ahora lentamente, con la música muy bajita, es casi terapéutico.

—Vaya... —susurra Jane—. ¿Quién lo iba a decir?

Anne, Ethan y yo asentimos en silencio.

—¿Dónde vamos? —pregunta Jane.

Yo miro por el retrovisor y luego a Ethan. Sigo sin saber dónde vamos. Pero ya empieza a oscurecer y como ya no soy su chófer y él tiene que obedecerme... Y nosotras vamos vestidas para la ocasión, es decir, la de ir a una discoteca a pasarlo de puta madre... Esto voy a disfrutarlo. Voy a cobrarme cada madrugón que me ha hecho pasar este maldito idiota. Mis pensamientos van aflorando al exterior y una sonrisa malévolamente se asienta en mi rostro.

—Primero vamos a cenar, nos va a invitar Ethan porque es muy amable. Luego vamos al Oak, porque Ethan es vip y nos van a dejar pasar. Y para mañana ya pensaré algo.

Ethan se dispone a protestar y yo le dirijo una mirada severa.

—No he sido yo la que ha perdido la apuesta... —recalco usando sus mismas palabras, que decía cuando yo me quejaba por sus estupideces.

Anne y Jane se quedan boquiabiertas cuando entran a la discoteca.

—Creo que he visto a Jay-Z —dice Jane.

Yo pongo los ojos en blanco y me dirijo hacia la barra. Ethan intenta arrastrarnos hacia la zona de sofás y demás elementos para aislarse del mogollón de gente. Lo detengo agarrándole de la cintura y sonriendo de nuevo con malicia.

—Tú esta noche no te mueves de aquí —le amenazo.

Anne y Jane ya están en la barra cuando nosotros seguimos mirándonos como dos pistoleros en el viejo oeste.

—Me las vas a hacer pagar todas juntas, ¿verdad?

—Todas ellas.

Le agarro de la mano y tiro de él adentrándome entre la gente, que nos apretuja. Él aprovecha, de eso estoy segura, para acercarse lo suficiente como para notar su miembro. Dios santo, es enorme, pienso quedándome paralizada. No puedo continuar y finjo que es porque no me dejan pasar. Pero necesito sentirlo unos segundos más en mi trasero, que muevo ligeramente para evaluar cómo es. Ahora no me siento tan segura como antes, como para hacerle pagar sus madrugones y sus tonterías... Además, por culpa de la semi-esclavitud a la que me tenía sometida, llevo sin sexo más tiempo del que debería, y eso acrecienta las ganas que pudiera tenerle, si las tuviera, que no es así.

Cuando llegamos a la barra pido algo fuerte al barman. “Lo que sea”, he dicho. No tengo capacidad de decisión en ese sentido ahora mismo. Me sirve un gin-tonic que agradezco con una sonrisa.

—La mejor ginebra para la rubia más guapa del local —dice el barman ofreciéndome una sonrisa y guiñándome un ojo.

—No me gusta estar aquí, ¿por qué no vamos a sentarnos un rato? —me suplica Ethan sin tocar la barra, como si le diera asco todo lo que le rodea.

—Yo no me muevo hasta que esté borracha, y cuando lo esté quiero bailar ahí —señalo hacia la parte más concurrida del local.

—No creo que pueda estar aquí más de una hora seguida.

—Repito que no he sido yo la que ha perdido la apuesta... Te recomiendo beber para soportarlo —digo riendo.

## Capítulo 11.

Ver a mi padre con Karen ha sido un shock del que apenas creo poder recuperarme aunque acudiera a terapia durante un año, sobre todo al verlo atado en la cama por esa loca. Ha perdido la cabeza, no encuentro otra explicación. Lo peor ha sido cuando ella, con cara de vicio, justificaba ante sus amigas que se lo folla porque la tiene grande. Ha sido el colmo.

Y por si fuera poco, ahora soy literalmente el esclavo de Julia, y me ha hecho traerla al trabajo como si fuera un taxista.

—Conduces como una abuelita —y tengo que soportar esto.

Cuando llegamos a la oficina todavía es peor. Al final ha cumplido su amenaza y me ha enviado a hacer fotocopias. Claro, que tengo mi límite, y cuando se ha ido de mi vista le he dejado todo a mi secretaria para que lo hiciera ella. Aunque la humillación la ha conseguido.

Y a pesar de todo, me vuelve loco. Sólo pienso en el sábado por la noche, cuando restregó su trasero contra mi polla en el Oak antes de beber como si no hubiera un mañana. Cuando nos besamos hace ya más de un mes, ella en realidad no sabía lo que hacía, o tal vez sí, pero el alcohol jugaba parte en la ecuación. Esta vez fue distinto, sentí la voluntad de notarme. Ella quería sentirme... y eso me vuelve loco. A pesar de lo mucho que me odia, sé que se pregunta cómo fue lo que en realidad no ocurrió. Finge que no pasó nada, aunque no pasó, pero sé que la curiosidad puede con ella, la conozco bien.

Sé que durante un mes va a aprovechar todo su poder para martirizarme, pero por alguna razón estoy satisfecho de que lo haga.

—No has hecho todas las fotocopias —me espeta entrando en mi despacho sin llamar, como siempre; cree que eso me molesta. Cuando veo a esa pequeña rubia en minifalda entrando como un vendaval y colocándose con los puños sobre la mesa, creo que tengo una erección.

—Si sigo haciendo todas las estupideces que se te ocurran y no el trabajo de verdad al final nos vamos a la ruina —me justifico. Ella parece sopesar lo que he dicho y al final acepta.

—Está bien —dice apartándose de la mesa—. Pero esto conllevará una penalización —sentencia abandonando finalmente mi despacho.

Por un momento creí que me haría levantarme y he sudado sangre de pensarlo.

Durante la hora de comer me obliga a estar con ella y sus amigas locas, entre ellas Karen, a la que no puedo mirar sin acordarme de mi padre atado en su cama. Julia cree también que me molesta estar con ellas, porque siempre

les lanzo alguna frase hiriente, pero en el fondo me río con todo lo que les oigo decir. Nunca, en ninguna conversación entre hombres he oído tal cantidad de barbaridades como dicen estas cuatro. La pobre Jane se ve de lejos que es muy tímida, pero la están volviendo como ellas a golpe de las guarradas que dicen.

—No tengo suerte últimamente —se queja Anne.

—¿Tienes algún amigo para ella? —me pregunta Julia enarcando las cejas.

—¿Qué crees que soy? ¿Un proveedor de hombres para tus amigas?

—Vamos, no digas tonterías, te pregunto sólo si le puedes presentar a alguien, mírala, la pobre está desesperada. Al final se va a follar al chaval de seguridad.

Anne se queda blanca y la golpea con el codo en el costado.

—No estoy tan desesperada... pero al final me lo follo —admite mientras el resto ríen.

—Sólo por curiosidad, ¿alguna vez pensáis sentar cabeza? ¿Hay algún tope de edad?

—Ethan, y también esto va para vosotras, como alguien vuelva a mencionar la edad me levanto de la mesa y me voy —dice Anne al borde de la desesperación, dejando caer su cabeza entre sus manos encima de la mesa.

—Yo ya me he casado —dice Karen cogiendo la patata frita más larga que ha encontrado en el plato que acaban de dejar en el centro de la mesa, y metiéndosela en la boca de un solo gesto. Algo que me lleva directamente a la imagen de ella y mi padre en la cama. No sé si podré comer hoy o vomitaré antes.

Julia empieza a reír al ver la mirada de odio que le dirijo a su amiga.

—Yo quería tener pareja —dice Jane—, pero mi pareja quería más parejas —se queja levantando los hombros y negando con la cabeza.

—Yo tuve una vez una pareja —dice Julia—. Me pasaba la vida detrás de él intentando que me quisiera..., me da más satisfacción mi trabajo... —dice en un arranque de sinceridad. Pero pronto recupera su buen humor cuando el camarero deja su plato delante de ella y le guiña un ojo.

—Y tú, Ethan, ¿cuál es tu historia? —pregunta Anne.

—Yo no tengo historia, no soy como vosotras.

Julia me mira alzando una ceja.

—Vamos, no tienes pareja y si puedes echarás un polvo. No eres un monje, creo yo —me dice Julia girando la cabeza hacia mí.



—Puedes dar fe de ello —añade Karen entre risas.

—Calla o tú vas después.

—Vamos, Ethan, cuéntanos qué pasó con aquella modelo —pide Jane con una sonrisa de angelito en sus labios.

—No hay mucho que decir, era modelo...

Todas se echan a reír, aunque no sé muy bien por qué.

—Eres el típico que sólo se fija en el físico —argumenta Anne.

—No es así —niego rotundamente.

—¿Qué conversaciones manteníais?, ¿o qué hacíais cuando estabais juntos? —vuelve a atacar Anne. Y todas me miran dejando de comer y esperando una respuesta. Ahora sí me arrepiento de estar aquí.

—Ella me llevaba a sus eventos, photocall, luego a las fiestas después de la semana de la moda. Una vez fuimos con el yate a pasar las vacaciones a la Riviera maya.

Todas me miran sin decir una palabra durante unos segundos. Luego vuelven a sus platos.

—Interesante —dice Julia a mi lado.

Yo frunzo el ceño.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Odio cuando las mujeres dicen “nada”, ¿es que no pueden decirlo y ya está?

—¿Por qué es interesante?

—Lo superficial que eres.

—Yo no soy superficial.

—¿Y qué hacías con esa modelo? Por lo que has dicho debías aburrirte.

—Estaba enamorado —digo negando con la cabeza ante la evidencia de la respuesta. ¿Qué iba a hacer con mi ex? Evidentemente estaba enamorado de ella.

—Eso no era amor —dice pinchando en su plato con el tenedor, apartando la vista de mí.

—¿Por qué no? —pregunto volviéndome hacia ella.

Ella no se gira hacia mí, sino que mete el tenedor cargado de lechuga en su boca. Todos esperamos una respuesta, pero ella no tiene la capacidad de hablar en este momento con la boca llena.

—Ethan, estar en pareja no es acompañarla a eventos sociales y hacerse la foto —interviene Anne—. ¿Tenías ganas de estar con ella a cada minuto?,

¿pensabas en ella cuando estabas en el trabajo?, ¿hacíais cosas como sorprenderos mutuamente cuando no esperabais veros?, ¿ella hacía algo por ti además de posar contigo? Y no nos has dicho de qué hablabais o qué compartíais en común.

—¿Esto es parte de mi penitencia por haber perdido la apuesta?

—Puedes considerarlo así —dice Julia.

—Me parece surrealista que vosotras habléis de relaciones como si lo supierais todo, cuando estáis solteras.

—Yo no —interviene ahora Karen levantando la mano y con la boca llena.

La ignoro por completo y comienzo a cortar el filete que hay en mi plato con más energía de la necesaria para hacerlo. Noto una cálida mano en mi brazo y levanto la mirada hasta su dueña.

—No te queríamos ofender —se disculpa Julia y yo la miro boquiabierto—. Te haré pagar de otra manera tu deuda.

—No estoy ofendido —aseguro—. Lo que ocurre es que no estoy de acuerdo con vosotras. No soy superficial, si lo fuera, antes me liaría contigo que con mi ex.

—¿Cómo?

—Vamos, sabes que eres un pivón, si a alguien no le importara la forma de ser... —y justo en ese momento me doy cuenta de mi error. Acabo de insultarla.

—Sé que eres mi jefe, pero eres idiota —dice la tímida y normalmente comedida Jane.

—No me ofende, es idiota —aclara Julia a sus amigas—. Lo que ocurre es que está acostumbrado a modelos cabeza-huecas y nosotras que somos inteligentes le asustamos.

—Si usarais esa inteligencia para hacer el bien... —susurro mientras corto otro trozo de filete.

—¿Nos tomamos una cerveza luego? —pregunta Anne intentando quitar tensión.

Karen levanta su móvil y nos lo planea por encima de nuestros ojos.

—Yo no puedo, he quedado con William.

—¿Otra sesión de sado-maso? Olvídalo, no quiero saberlo —recalco.

—No es sado-maso, además ese término es muy anticuado. Se llama bondage, y a tu padre le encanta —asegura Karen con una sonrisa maliciosa al final.

—Creo que es mejor que dejemos este tema —dice Anne intentando poner calma y aguantar la risa. No consigue ninguna de las dos cosas.

El resto de la comida se pasa hablando entre Anne y Jane de las desgracias que creen tener. Karen sólo se dedica a enviar mensajes por el móvil y yo y Julia permanecemos en silencio.

Anne recogió su maletín y sus gafas, ya no se le iban a olvidar, de hecho cada vez que las veía se acordaba de aquel día que tuvo que volver a por ellas y se encontró a William siendo sometido por Karen, aunque en ese momento no sabía que era ella.

También recordaba a Geremy. Mejor no pensar en él.

—Disculpe señora —el motivo de su turbación apareció cuando se iba de la oficina.

Sentía ciertas necesidades y últimamente las cosas no iban como siempre.

—¿Sí?, Geremy.

—Verá, señora, me preguntaba si podría hablar con usted.

—Claro —dijo ella dejando de nuevo su maletín sobre la mesa y quitándose las gafas—. ¿Y bien?

—Bueno, quería preguntarle si quiere que borre las cámaras, por lo del otro día.

—No pasó nada, Geremy. Olvida ese asunto —dijo Anne volviendo a coger su maletín y dirigiéndose hacia la puerta de nuevo—. Era Karen, que le gusta el bondage, pero no digas nada, son cosas de ellos.

—¿El bondage?

Anne se giró más hacia él y alzó una ceja.

—Sí, bondage.

—¿Qué es eso?

—Lo que oímos en esa sala... ¿Nunca te han atado?

—No... —dice negando con la cabeza.

Podría probar esos labios si le seguía el rollo. Tal vez era una locura, y desde luego no debería enterarse nadie en la oficina.

—Me están esperando abajo —dijo Anne sacando una tarjeta de su bolso rápidamente—. Te lo explico por el móvil.

—A lo mejor en persona... —dijo él cuando salía ya del despacho. Pero Anne lo escuchó perfectamente.

## Capítulo 12.

He obligado a Ethan a que me lleve a casa y suba, así podré ordenarle todo lo que quiera. Pero no he contado con que Jane estaba en el sofá.

Cuando llega a mi casa y ve el desorden que ya tenía yo, junto con las cosas de Jane amontonadas por el salón, se le parte el alma.

—Seguro que la Oms tiene alguna advertencia sobre este lugar —dice mientras sortea las bolsas de Jane para llegar a mi habitación—. ¿Y por qué tengo que venir aquí?

—Eres mi esclavo, ¿y si necesito un vaso de agua por la noche, o saber la hora que es?

Él pone los ojos en blanco y continúa hasta llegar a mi habitación.

—¿Dónde se supone que voy a dormir?

—En el suelo, esclavo mío.

—Ni lo sueñes.

—Oh sí, yo soñaré, pero tú no —recalco riendo mientras dejo el bolso encima de una cómoda llena de cositas de maquillaje y ropa. Toda la casa está llena de trastos, sólo estar aquí ya es una tortura para él.

—Me niego a pasar aquí un minuto más —dice agarrándome del brazo y tirando de él.

—¿Qué crees que haces?

—No me opongo a cumplir órdenes por haber perdido, pero esto es demasiado, si tengo que dormir contigo vamos a mi casa. No me acostaría en esta casa ni aunque fuera en tu cama.

—Pero ya te acostaste en mi cama..., ¿no?

—Sí, lo hice..., pero iba borracho —asegura desviando la mirada hacia la cama.

Lo que daría por saber qué pasó esa noche. Estoy en desventaja no sabiendo lo que hicimos, y a la vez por no saberlo me dan más ganas de comprobar cómo podría ser estar con Ethan. Es horrible esta situación. Cada vez que estamos juntos tengo más ganas de hacer cosas como pasar mi lengua por sus labios, o acariciar su culo. Las imágenes se pasan por mi cabeza sin que pueda controlarlas. Como por ejemplo ahora, que imagino que él me atrapa y me empuja sobre la cama para desnudarme.

—Está bien —acepto porque no confío en mí misma si le tengo tan cerca. Realmente sólo quería asustarle con la idea de tener que pasar la noche en mi desastre de apartamento. Porque conociéndole debe ser un suplicio estar aquí.

Cuando llegamos al salón Jane sale del baño con la cabeza envuelta en

una toalla y el cepillo de dientes en la boca, que saca un momento para hablar con toda la espuma en ella.

—Si queréis llamo a Kerry para pasar la noche allí —ofrece volviendo rápidamente al baño para escupir la espuma.

—No hace falta, nos vamos a mi casa —asegura Ethan—. Además no deberías llamarle tan pronto, o pensará que estás desesperada.

Jane vuelve a salir del baño boquiabierta y mirándonos alternativamente a Ethan y a mí, que también me he quedado paralizada.

—¿Por qué me miráis así?

—No sé —dice Jane—, no esperaba un consejo tuyo, y tiene bastante sentido... Te lo agradezco —le dedica una sonrisa.

—Ve a tu casa, no te martirizaré esta noche —cedo apiadándome de él.

Ethan rueda sus ojos y me ofrece una media sonrisa inclinándose hacia mí.

—Gracias —dice y sale de mi apartamento tan rápidamente como puede mientras yo me río de cómo intenta no tocar nada.

—¿No crees que es un encanto? —pregunta Jane con la mirada en la puerta que acaba de cerrar.

—No, sólo os escuchó durante la comida cuando Anne y tú os quejabais de los tíos..., y también quería salir de aquí cuanto antes.

En la sala de reuniones Ethan se comporta como un angelito. Aprueba sin rechistar todas mis propuestas y hasta me ofrece de vez en cuando alguna sonrisa edulcorada. Sé lo que le estará costando, pero se lo merece. Estuve dos días con agujetas después de que me llevara al gimnasio, y todavía creo que me duele el culo al sentarme.

William hace como si nada hubiera pasado sentado en la cabecera de la enorme mesa de la sala, al igual que nosotros, pero lo conozco y sé que si no fuera el dueño de todo esto saldría corriendo. Que tu hijo y empleados te vean atado en una cama con Karen debe ser duro.

Cuando Ethan se fue anoche me llamó Karen para contarme cómo le iba con William. Ha decidido irse a vivir con él, al fin y al cabo están casados, y por si fuera poco, cuando Karen se pillá, quiere fiesta todo el tiempo. Así lo tendrán más fácil, me dijo. Yo me reía con cada una de sus conclusiones. Según ella, el hecho de que ya estén casados, obviando el minúsculo detalle de que sea todo falso, hace que no le importe darlo todo en la relación. No la entendí muy bien en ese punto, pero no quise preguntarle nada.

Miro a William mientras Ethan explica de dónde va a sacar el dinero para

la nueva campaña que he propuesto, y veo que tiene una expresión distinta, podría decir que feliz. A veces incluso parece que está sonriendo, cuando mira la carpeta que hay sobre su mesa. Tengo que reconocer que durante los siete meses que llevo en la empresa y que lo conozco, nunca lo había visto así.

Desde que estoy soltera, hace ya algunos años, estoy convencida de que estarlo es lo mejor que me ha pasado. Pero al ver a esos dos, tan distintos, y tan pillados a la vez, me pregunto si están mejor que antes por separado.

Cuando termina la reunión y van levantándose todos con sus respectivas carpetas, William me pide que espere para hablar a solas.

—No es sobre el trabajo —me dice cuando sale el último y cierra la puerta—. Quería saber qué le puede gustar a Karen, vosotras sois amigas.

—Creo que lo que hacéis tan a menudo le gusta bastante —digo intentando no reír.

—No me refería a eso —dice en un tono de reproche.

—¿Te refieres a hacerle un regalo o una sorpresa?

Él asiente con la cabeza y yo comienzo a caminar muy lentamente por la sala intentando recordar sus gustos.

—Le gustan los parques de atracciones, te parecerá una tontería, pero a veces es como una niña... No le hagas daño William, que le guste el sexo y parezca una ninfómana no significa que no se pueda enamorar o que no lo haya pasado mal alguna vez. Lo que pasa es que siempre intenta verlo todo desde el lado positivo.

—Lo sé, me he dado cuenta —admite y yo también me doy cuenta de que William es exactamente lo que ella necesitaba. Un hombre con más madurez que ella y que sea capaz de ver que no es todo lo que parece. Y William es exactamente eso, un hombre inteligente que no se deja engañar por las apariencias y aprecia lo que de verdad importa, por eso me contrató, al igual que otros nuevos trabajadores recién graduados y de los que no parecía esperarse mucho, y que finalmente han demostrado su capacidad de trabajo cuando nadie más apostaba por ellos.

—Me alegro de que te haya encontrado —digo en un exceso de confianza apoyando mi mano en su brazo.

—Y yo de lo tuyo con Ethan, necesita a alguien como tú, siempre ha sido demasiado... “ordenado”, necesita que alguien le haga cambiar sus rutinas, por llamarlo de alguna manera.

—Un momento, Ethan y yo no estamos juntos, no lo hemos estado...

bueno no sé ahora mismo qué ha pasado, pero tampoco lo estaremos —aseguro—. No sé de dónde habrás sacado esas ideas.

—Bueno, no se comenta otra cosa por aquí, estáis siempre juntos, venís juntos a la oficina, ya no os pasáis todas las reuniones discutiendo...

—Ok, pero eso tiene una explicación.

Él me mira enarcando una ceja, esperando esa explicación.

—Perdió una apuesta y tiene que hacer todo lo que yo le diga.

No me esperaba la reacción de William, pensaba que era una persona seria hasta que ha empezado a reír al borde de las lágrimas mientras yo le miro con cara de pocos amigos. Cuando acabe me explicará de qué se ríe, pienso cruzándome de brazos.

—Perdóname —se disculpa pasando el índice por el lagrimal—. Es que es demasiado lo vuestro.

—No hay nada nuestro —replico.

—No voy meterme en este tema. Sólo te pido que no le hagas daño, siempre le ha costado mucho expresar lo que siente, ha sido un niño muy introvertido.

—No te preocupes, no le haré daño porque no hay nada entre nosotros.

Acabo la conversación despidiéndome de él un poco confusa.

No he podido concentrarme en toda la tarde, he trabajado, sí, pero por mi mente aparecía Ethan cada cinco minutos, y por mi despacho también. Y cada vez que lo veía me ponía más.

—Ethan... ¿Quieres que te de la noche libre? —pregunto masajeando mis sienes, con los codos apoyados en mi mesa.

—Había pensado en llevaros al cine... ya tengo las entradas.

Yo me quedo boquiabierto ante su respuesta.

—¿Al cine?

Hacía años que no iba al cine con un tío, parece que estamos en el Instituto... Es un poco raro todo esto.

—Es que creía que íbamos a estar en el pub de ayer y no me apetecía volver, por eso he actuado por mi cuenta.

—Bueno..., se lo diré a las chicas.

### Capítulo 13.

Anne no podía venir, nos ha dicho que tenía trabajo, y que se quedaba una hora más en la oficina. Karen..., bueno, con Karen no contamos, y Jane ha puesto una excusa, de eso estoy segura, alegando que está muy cansada.

Y aquí estamos los dos viendo una comedia romántica.

—Nunca hubiera imaginado que te gustarían este tipo de películas.

—No sé, me hace gracia, y había pensado que os gustaría.

No le respondo, sino que cojo un puñado de palomitas del cubo que ha comprado y lo devoro. Es un poco raro todo esto, el cine está lleno de gente de la tercera edad y no paran de reírse. Pero nosotros también. Creo que nuestra presencia ha bajado una décima el nivel promedio de edad de la sala.

—No sé cómo se te ocurrió.

—Vi el tráiler y pensé que las protagonistas se parecían demasiado a vosotras.

—¿Y qué personaje sería yo?

Se detiene unos segundos a pensarlo.

—Es que creo que el papel de Jane Fonda encaja con todas vosotras. Aunque Karen ahora me recuerda más al papel de Mary, casada y salida. Y Jane sería Diane Keaton, de eso no hay dudas. Anne podría ser la jueza, aunque está mucho peor. Así que sólo te queda el papel de Jane Fonda. Y cada vez creo que te pareces más.

—Pues no sé por qué, pero ya quisiera yo llegar a su edad con ese cuerpazo.

—Porque sólo folla con tíos que no le gustan, salvo una vez.

Yo me quedo boquiabierta.

—¿Qué sabes tú de mi vida sexual?

—Sé lo que he visto.

—Pues cállate —le espeto un poco nerviosa. En parte por su cercanía y en parte por cómo está empezando a conocerme. Algo que no me gusta.

Seguimos viendo la película, que nos devuelve el buen humor mientras invade mi espacio para poner el brazo y yo le voy dando codazos de vez en cuando. Alguno más fuerte que otro.

—Eres cruel —me susurra apartando el brazo y masajeándolo.

—Pues no me quites mi sitio.

—No lo he hecho.

Salimos del cine con lágrimas en los ojos de tanto reír. Vuelvo a pensar que ha sido todo muy raro, pero me lo he pasado tan bien como hacía mucho



tiempo.

—¿Te ha gustado? —pregunta Ethan dándome la chaqueta cuando nos levantamos.

Yo asiento con la cabeza y le ofrezco una sonrisa.

—Es extraño, pero me ha encantado.

—¿Qué clase de películas sueles ver? Aparte de las porno, claro —dice riendo.

Yo le dedico una mirada entrecerrada y le tiro su bufanda a la cara.

—De todo un poco, supongo que mientras sea buena, me gusta. Hubo un tiempo que me dio por Bruce Lee y Jackie Chan. Akira Kurosawa... Stephen Chow... En realidad no tengo mucho tiempo de ver películas.

—Son todos orientales, pero vaya mezcla... ¿Dónde quieres ir ahora?

—A casa, quiero echarme en el sofá.

—En tu sofá vive Jane.

—Lo sé, y la pobre encima me paga un alquiler por él, es demasiado buena. Le he dicho varias veces que no hace falta que lo haga pero vuelve a dejar el dinero en mi bolso.

—Vamos a mi casa y estamos más cómodos, por favor —me ruega con la mirada.

Yo dudo unos segundos, dándome cuenta de que parecemos dos adolescentes quedando para ir al cine y echarse en el sofá.

—Está bien.

Él suelta la respiración que estaba conteniendo e inspira aliviado. Debe estar al borde del orgasmo sólo de pensar que no tiene que ir a mi desastre de apartamento.

Cuando llegamos a su casa veo que ha cambiado algunas cosas de la decoración. Miro dos veces girando la cabeza bruscamente cuando la primera vez creo haber visto una chimenea.

—¿Es de verdad?

—Sí, al ser el ático he podido hacerlo más rápido.

—Así te habrá costado —digo echando la cabeza a un lado y alzando las cejas.

—¿Te gusta?

—Sí, es una pasada.

—También he instalado una bañera de hidromasaje.

—Vaya... No reparas en gastos.

—Te oí un día decir que te gustaban esas cosas.

Yo me quedo muda. No puedo creer lo que parece que quiere dar a entender.

—Sí, claro, a todo el mundo le gusta —digo reaccionando al fin y moviéndome hacia el sofá.

Él se dirige a la mesa frente al sofá y coge uno de los mandos para apretar un botón. Automáticamente la chimenea se prende, con fuego real, estoy flipando. Luego coge otro mando y regula la luz para hacerla más ténue. Y por último enciende la enorme pantalla del televisor.

Afortunadamente se sienta en la otra esquina del sofá.

—No me gustan estos juegucitos —digo en un arranque de sinceridad.

—¿Qué juegos?

—Querer que me encapriche de ti. Si quieres follar, follamos, pero deja de hacer esto —le ruego, más que exigirle.

—No estoy haciendo nada —se defiende negando con la cabeza.

Yo me quito las botas y me subo al sofá. Gateo hasta llegar a él y me coloco encima antes de besarle.

Él se deja y yo me deshago en su boca. No puedo soportar más las ganas de follarle, lo admito, pero lo que no puedo soportar ni permitir de ninguna manera es que me quiera enamorar, por eso quiero follarle y que acabe mi obsesión por su cuerpo de una vez.

Nos besamos sin mover nuestros cuerpos durante tanto tiempo que pierdo la noción. Me encantan sus besos, sus labios, su lengua. Es suave y exigente. Siento sus manos apretándome contra él y nuestros gemidos mezclándose. Acabo de descubrir que estoy perdida. Me gusta demasiado y sólo nos estamos besando.

—Vamos a la cama —pide él y yo asiento en silencio poniéndome de pie de un salto. Él me sigue por el pasillo y me besa el cuello, lo que hace que el vello de todo mi cuerpo se erice.

Sólo deseo una cosa en este momento: tocarla. Y lo hago llevando mi mano atrás, donde está él. Se me paraliza el corazón al sentir esa cosa, es enorme. Ya estoy bastante excitada, pero de pensar en tener eso dentro, creo que voy a perder el sentido.

—Vamos —le ordeno, un poco fuera de mí.

Casi llego corriendo, pero él no ha ido más despacio. No sé si fiarme de lo que pueda llegar a hacer, si confiar en sus capacidades o echarme sobre él y hacer las cosas como sé que saldrán bien. Opto por dejar que lleve un rato las riendas ya que empieza bastante bien. Me echa sobre la cama y se pone

encima besándome de nuevo. Siento sus manos desnudándome y su polla sobre mí. Le desnudo también mientras me besa y bajo sus pantalones con mis pies después de desabrocharlos. Cuando pone su polla entre mis piernas gimo ante la expectación. Él comienza a moverse y a presionarme para entrar en mí. Lo hace muy despacio y voy sintiéndole lentamente abriéndose paso en mi interior. O él es muy suave o yo estoy muy mojada, porque lo siento de una forma... Vuelvo a gemir cuando la mete hasta el fondo abriendo los ojos y clavándole la mirada. Él continúa ahora con fuerza mientras gruñe en mi boca sin dejar de besarme.

—Dios mío —acierto a decir cuando libera unos segundos mis labios. Es demasiado intenso. Quería haber aguantado más, pero soy incapaz y me corro entre gemidos mientras él sigue moviéndose dentro de mí. Estaba demasiado excitada como para haber aguantado lo que hubiera querido.

—No sé lo que voy a aguantar.

—No pares —le exijo.

—No —se limita a decir él dándome la vuelta y colocándose de lado detrás de mí.

Me agarra de las caderas y me atrae hacia él subiendo la pierna que tengo arriba para penetrarme otra vez. Se mueve lentamente haciéndolo tan despacio que la siento dentro de mí en cada milímetro de mi piel.

Me agarro al borde de la cama porque necesito un punto de apoyo para no desquiciarme. No recuerdo alguna otra vez que me hayan hecho sentir así.

—¿Te gusta?

—Dios, sí —respondo entre gemidos.

—¿Me corro dentro?

—Haz lo que quieras —digo sin pensar—. Hazlo —grito.

Él comienza a moverse más rápido y todavía me gusta más, aunque no creía que eso fuera posible. Se corre dentro de mí y no somos capaces de movernos.

Al cabo de unos minutos me levanto recuperando el aliento y decido vestirme lo más rápidamente que puedo hasta llegar a la puerta del apartamento.

—No hace falta que te vayas.

Yo me doy la vuelta y al verlo desnudo me pongo de nuevo.

—Bésame —le ordeno, y él obedece.

Apenas soy capaz de pensar. Él me da la vuelta otra vez, me baja los pantalones y me vuelve a penetrar cuando ya había cogido el bolso y la

chaqueta.

Se me cae el bolso al suelo y me apoyo en la puerta mientras sigue moviéndose. No sé cuánto tiempo estamos así hasta que me dice que volvamos a la habitación y yo le obedezco.

Esta vez intentamos entretenernos más, me lame primero y después yo a él haciendo todas las cosas que se me ocurren que puedan gustarle. Primero le beso en las ingles, rodeo con la lengua sus testículos y sigo el camino con mi lengua de la base de su polla hasta la punta mientras le dedico una mirada.

—Dios mío, ponte encima —me pide y lo hago.

Si la otra vez me corrí rápido, ahora no consigo aguantar más de unos segundos. Me pone demasiado Ethan como para poder soportar todo esto de él sin correrme casi de inmediato.

Mis gemidos se confunden en su cuello, que acabo mordiendo mientras seguimos haciéndolo.

Él parece no cansarse nunca y sigo sintiendo un placer increíble, sinceramente no recuerdo algo así.

Pero cuando me aparta para girarme y se coloca de nuevo como si fuéramos dos cucharas..., me vuelve loca. Vuelve a hacer aquello, despacio, sintiendo lentamente cómo entra en mí. Y no me explico cómo aguanta tanto, pero me encanta sentirle así y no quisiera que acabara nunca.

Me vuelve loca, y aguanta tanto tiempo..., no sé cómo lo hace. Sigo agarrándome al borde de la cama, como si de esa forma pudiera mantener la cordura, como si me agarrara a este mundo.

—Estás tan mojada —dice él, y sus palabras hacen que me contraiga contra su polla. Siento que se va a correr por sus movimientos. No puedo apartarme ni quiero, sólo deseo que se corra dentro de mí, aunque también deseo que no acabe nunca. No creo que me cansara jamás de tenerlo dentro. Sigo sin recordar algo igual. Nunca sentí tanto placer, o al menos no lo recuerdo. Sus labios, su cuerpo, su polla entrando tan suavemente, no puedo recordar ese cúmulo de placeres a la vez con ningún otro tío. Sus espasmos me vuelven loca cuando finalmente se corre y yo giro mi cabeza al extremo para besarle mientras lo hace.

## Capítulo 14.

Suena el despertador y Jane me empuja porque lleva un minuto pitando y yo sigo durmiendo.

—¿Qué haces? —digo echándome la sabana de nuevo encima.

—Llevas durmiendo como unas doce horas.

—Es que no me cunde —explico todavía bajo la sabana.

No quiero volver a ver a Ethan, y cuando me levante no tendré más opción que verle en el trabajo. No puedo dejar de pensar en lo que hicimos, fue una pasada. Y, sinceramente, tengo miedo. De pronto se me ocurre una idea..., era la primera vez que estaba con él, bueno la segunda, pero la primera que yo recuerdo, y eso significa que la primera es la mejor, seguramente la segunda que lo hagamos será muy normalito. Porque la primera siempre es mejor, la novedad es siempre buena, luego decae por momentos... Sí, eso necesito pensar. Fue la novedad.

Me levanto de la cama y sonrío a Jane.

—Sí que te ha afectado —dice alzando las cejas.

—No te preocupes, ya se me ha pasado —le aseguro sonriendo.

Llego a la oficina con una confianza renovada tras dos días un poco ausente. Abro la puerta de mi despacho y me siento después de dejar mi maletín encima de la mesa. Respiro hondo y no quiero pensar en nada más. Sí, me he follado a Ethan, esta vez conscientemente, y no quiero ni pensarlo, porque si lo pienso, creo que iré a buscarle para follarle otra vez. Es de locos.

Suena el teléfono y doy un respingo en la silla. Creo que uno de los cafés me lo tenía que haber ahorrado. Es Betty, dice que Ethan llegará más tarde.

Siento un ligero alivio cuando empiezo a pensar que si es la segunda vez que estamos juntos, puedo seguir actuando igual que antes con él... Obviando que la primera no la recuerdo y que la segunda ha sido maravillosa.

Jane, Anne y por fin Karen aparecen cuando cuelgo el teléfono.

—¿Y bien? —pregunta Karen sin más preámbulos.

—Dios —digo negando con la cabeza—, ha sido increíble.

—¿Quién lo iba a decir? —dice Anne mirando al vacío y asintiendo lentamente.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta Jane.

—En principio nada, aunque si me dice que quiere quedar otra vez no me negaré —digo como si no me afectara en absoluto—. Ha sido sólo un polvo, uno de los mejores de mi vida, pero sólo es eso.

Las otras no dicen nada.

—Yo creo que Ethan es de los que se pillan... a lo mejor él piensa otra cosa —dice Jane finalmente. Y veo que las otras asienten.

—No creo que se “pille”, ¿os acordáis de lo que dijo el otro día en la comida? Que si fuera superficial se liaría conmigo... Bueno y vosotras, ¿qué habéis hecho este fin de semana?

—Nada —dice Anne demasiado rápido.

—Yo estoy súper feliz con William. El sábado me llevó engañada a Disneyworld, fue una pasada, y luego follamos en el hotel...

—Le dije que te gustaban los parques de atracciones, pero no pensé que haría eso.

—Así que por el día con Micky y por la noche con Mouse —dice Jane entre risas—. Y yo aguantando a Julia melancólica —se queja sonriendo.

—Calla.

—He visto todas las películas dramáticas de la plataforma...

—Eso fue el sábado —replico ofendida—. Ayer vimos todas las de humor.

—Vamos a por un café —dice Karen cambiando de tema.

—Yo paso, si me tomo otro exploto, además tengo trabajo atrasado, tengo que ponerme las pilas con el nuevo proyecto.

Cuando llevo una hora enfrascada en mi proyecto Ethan irrumpe en mi despacho y yo me quedo boquiabierta. Siempre llama a la puerta...

—Te propongo una apuesta —dice con una sonrisa de lado a lado y yo me quedo más sorprendida que cuando entró por la puerta sin llamar.

—¿Qué apuesta?

—Anne y el chico nuevo de seguridad.

Lo miro entrecerrando los ojos y niego.

—No lo creo, Anne no se liaría con ese niño. Bueno no es un niño, y tiene unos músculos dignos de ser observados..., pero tiene una edad... No creo.

—¿Aceptas?

—¿Qué nos jugamos esta vez? Aunque aún sigues siendo mi esclavo por haber perdido la otra.

—Una semana en mi casa si gano, o yo en la tuya si pierdes.

Sonrío sólo de pensar en Ethan en mi habitación rodeado de trastos.

—De acuerdo —confirmo levantándome y estrechando su mano para cerrar la apuesta.

Cuando siento su mano suave y cálida, por un momento pierdo la conciencia.

—Déjame tu ordenador.

Anne miró de nuevo el móvil mientras intentaba concentrarse en su despacho.

“Nunca me lo han hecho” leyó en el móvil. “Es un rollo psicológico, al hacerlo así estás sugestionado para sentir más”, respondió Anne. “Un día lo pruebo..., ¿vive sola?” “Sí, ¿y tú?”... “Casa compartida”, respondió él. “¿Tienes una cama grande?”, preguntó ella. “Jajajajajaja”, contestó él. Anne sonrió ante su respuesta. “Hace tiempo que no ato a nadie, a ver si tengo que ver algo de porno para recordarlo...”, escribió con una sonrisa. “A ver si me va a atar y luego no va a saber desatarme”, contestó Jeremy. Anne volvió a sonreír y dijo: “Trae las esposas”. “Las llevo luego con mi uniforme”, escribió él.

Anne encerró el móvil en el cajón cuando las chicas irrumpieron en su despacho para arrastrarla al pub para tomar unas cervezas.

Se arrepintió después de no cogerlo. Porque Jeremy le envió dos mensajes más y ella no tuvo opción de responderle ni de saber qué decía. Además tuvo que volver a por el móvil y sabía que estaría él.

Yo lo miro frunciendo el ceño pero asiento y me aparto de la mesa para dejarle pasar. Ethan saca un pendrive del bolsillo de su pantalón y lo conecta al puerto de entrada. Abre la carpeta y selecciona un archivo de vídeo.

Se ve un poco oscuro... Me acerco a la pantalla apoyándome sin querer en los hombros de Ethan, que está sentado en mi silla.

—Es Anne... la fecha del vídeo es del viernes.

Le echo una mirada a Ethan y vuelvo a centrarme en el vídeo. Creo que me la ha jugado. Él ya sabía que estaban juntos cuando ha apostado.

—Has jugado sucio.

—En el amor y en la guerra todo vale —se justifica.

En la pantalla veo a Anne empujando al de seguridad y besándole. Lo sigue empujando hacia la sala de reuniones y ya no se ve nada más.

—Creo que me va a dar asco sentarme en esa sala. ¿Es que les da morbo a todos o qué?

Ethan se ríe.

—Esta noche vienes a mi casa, exijo que cumplas tu parte.

—Pero sigues siendo mi esclavo —afirmo sonriente.

—Pues haré lo que me pidas, pero en mi casa.

—Eres insoportable. Ya te ganaré otra y te obligaré a estar en mi apartamento. O en mi coche...

Ya que estoy en el apartamento de Ethan, quiero disfrutarlo, al fin y al cabo me ha engañado con la apuesta para venir aquí.

Dejo mi bolso en la isla de la cocina y él lo coge al vuelo.

—Quiero probar la bañera de hidromasaje —digo dirigiéndome hacia el baño.

—A sus órdenes, ¿pero no quieres cenar antes? —pregunta siguiéndome y recogiendo la ropa que voy tirando al suelo de camino a la bañera.

—Quiero bañarme y que me traigas la cena —digo guiñándole un ojo cuando llego.

—¡Qué remedio!

Sale del baño no sin antes quedarse en la puerta unos segundos para observarme desnuda. Le guiño un ojo y vuelvo a ordenarle:

—Quiero mi cena, esclavo.

Lo oigo refunfuñar algo y desaparece.

Al cabo de diez minutos vuelve y me pregunta si voy a salir para cenar en el sofá. Otra vez se queda mirándome sin moverse.

—Ok, pero trae una toalla.

Él me envuelve con una ternura especial después de pasar la punta de sus dedos por el tatuaje que gira por mi costado.

—¿Te dolió?

—Sólo un poco —afirmo con una sonrisa, dejando que siga abrazándome con la toalla a mi alrededor.

—No te estarás encaprichando de mí —digo con una sonrisa que él no puede ver, porque está a mi espalda.

—Sólo de tu tatuaje..., sólo de él.

Comienza a besar mi cuello y ya sé que estoy perdida. Le deseo tanto que con poco más que haga...

Y lo hace. Sigue besándome el cuello y acariciándome tan lentamente que me está desquiciando. De pronto me coge en brazos y me lleva a su habitación. Me levanta como si no pesara nada.

—¿Y la cena? —pregunto cuando me deja en la cama.

—La tengo delante —dice con una sonrisa maliciosa.

Dios mío, pienso. Ethan, tan alto, tan rubio, con sus ojos tan azules, con su mirada que promete el placer que ya me dio hace unos días... Es difícil no volverse loca por él. Me va a costar mucho.

Siento sus manos que recorren mi cuerpo con una ternura especial. Se desnuda mientras me sigue besando. Y cuando tiene las manos libres me



sujeta por las muñecas por encima de la cabeza. Ya estoy temblando y no ha hecho nada todavía.

Por un momento se queda así mirándome y yo le interrogo con la mirada, pero entonces vuelve a bajar la cabeza hasta mis labios, que chupa, absorbe y lame de una manera distinta a la otra vez. Ahora con más lentitud, como si quisiera saborear cada instante. Ya llevo un rato gimiendo, no sé si se da cuenta de mi urgencia. Pero por si no lo nota, lo agarro con mis piernas que tengo libres y lo rodeo para atraerlo a mí. Consigo meterme su polla con ese movimiento por alguna casualidad, o porque él está muy duro y yo muy húmeda.

Él gruñe en mi boca y quiere separarse, pero le muerdo el labio inferior y lo atraigo de nuevo a mí.

Quiere ir despacio, y yo quiero ir deprisa, así que me muevo contra él hasta que deja libres mis muñecas y puedo acariciar su espalda y arañarle las nalgas para que no pare.

Una semana después.

Tras pasar una semana en casa de Ethan, para la cual hasta llegamos a pedir tres días de vacaciones porque estábamos totalmente enganchados, volvemos al trabajo. Me ha dado un poco de pena irme, pero la vida sigue.

Abro el portátil para pasar los archivos que he estado trabajando en su casa, porque una cosa es no venir a la oficina y otra es no trabajar, cosa que ambos no podemos hacer, él porque es demasiado responsable, y yo porque en el fondo no puedo evitarlo y me gusta mi trabajo. Cuando enciendo el ordenador de mesa me salta un mensaje interno.

Es de Ethan.

“Te propongo otra apuesta”, leo en la pantalla y sonrío. Le contesto rápidamente: “Acepto”.

Tras quince segundos Ethan aparece en la puerta de mi despacho y una emoción nueva me recorre de arriba abajo.

—¿Qué quieres apostar?, ¿y sobre qué?

—Jane y mi amigo John. Y la apuesta es un año en mi apartamento.

—Estás loco.

Él se ríe realmente como un loco.

—Me he encaprichado al fin, y sin remedio, de ese tatuaje —aclara.

—Del tatuaje... —digo ladeando mi cabeza y alzando una ceja.

Me levanto y rodeo mi mesa para ponerme frente a él y estrechar mi mano.

—Si pierdes, en mi apartamento.

Él sonrío y saca su móvil pijo y me enseña una foto abriendo rápidamente la galería. Es Jane y su amigo besándose en el restaurante de enfrente, un selfie que se han hecho durante el desayuno.

—Creo que puedo soportar tu bañera de hidromasaje.

—Y hay alguna sorpresa más...

William entra junto a Karen, Anne y Jane.

—Ha sido un éxito la última campaña —anuncia con una sonrisa y apretando en un gesto cariñoso el culo de Karen, que se ríe y le da un pellizco—. Así que para celebrarlo he comprado esto —dice entregándonos unas carpetas.

Anne, Jane y yo nos quedamos boquiabiertas. Una semana en un resort para todos los trabajadores.

—Iremos en el yate, y los demás empleados en avión —explica Ethan tirando de mi brazo y haciendo que la carpeta y las fotos del resort caigan al suelo. Delante de todos me coge como si fuera una muñeca y me besa como en esas películas de los años cuarenta, cuando volvían de la segunda guerra mundial y atrapaban a su amada después de años sin verla.

## Epílogo.

Cuando le he dicho a Julia que no estuvimos juntos aquel sábado y que lo que pasó en realidad fue que vomitó y me la tuve que llevar en volandas de la discoteca, no podía parar de reír. Afortunadamente, porque me temía alguna otra reacción, como acusarme de haberle mentido o cualquier cosa que otra persona habría estado en todo su derecho de hacer. Pero con Julia todo es distinto y nunca sé qué va a hacer. Para un hombre como yo, es algo que me gusta y que me descontrola, pero tal vez es eso lo que necesito, perder el control sobre todo lo que me rodea y dejarme llevar, y con ella me dejo llevar por primera vez en mi vida, en todos los sentidos.